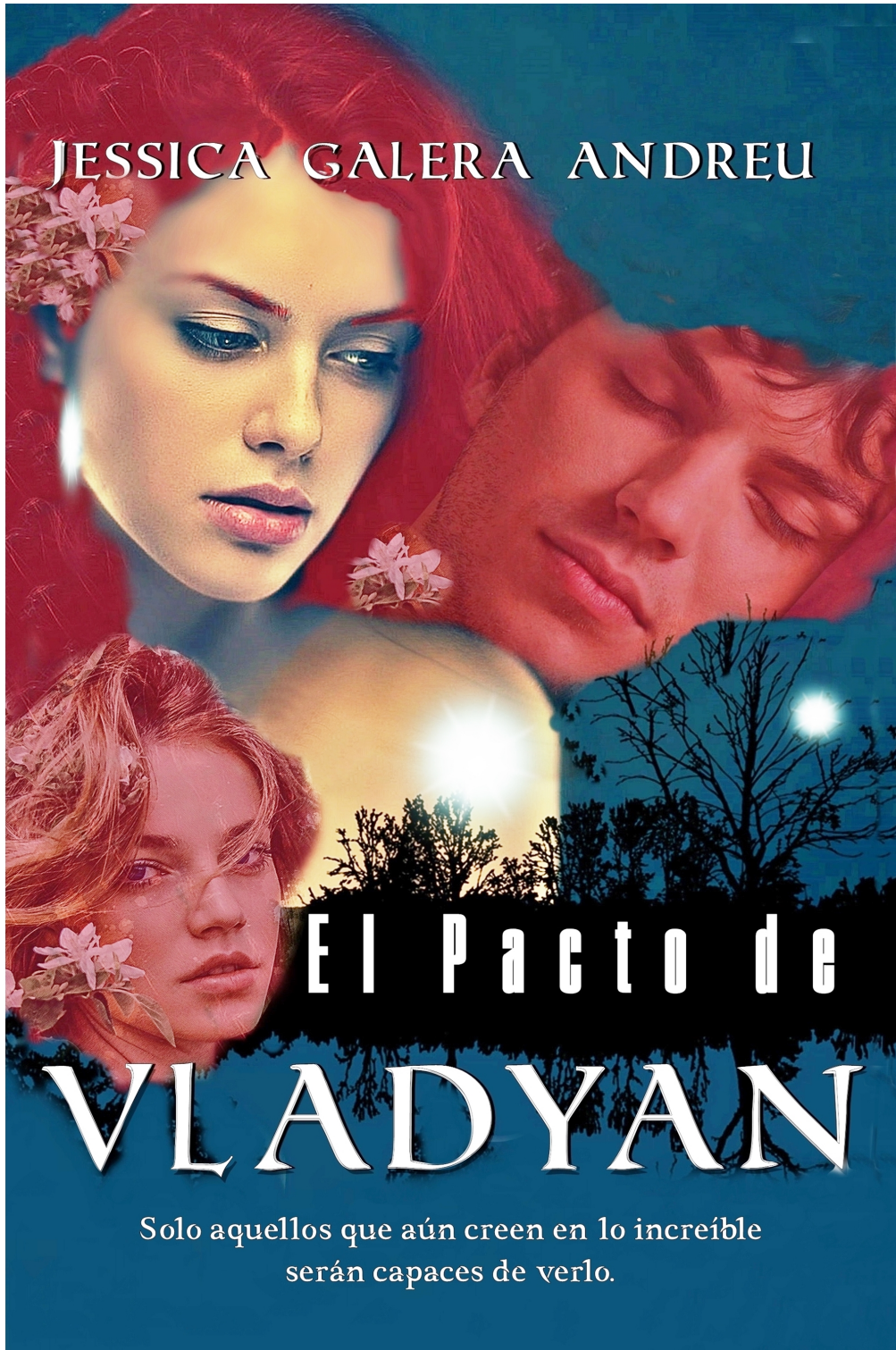


El Pacto de Vladyan

Jessica Galera Andreu



Capítulo 1

Prólogo

GERMANIA, año 11 a. C.

La crudeza del invierno no había dado tregua y la espera parecía eternizarse a pesar de que los días se habían tornado más cortos y la noche arrancaba sus últimos vestigios al mortecino sol.

Marcus avanzaba entre el barrizal, observando a los supervivientes de la batalla. El desfiladero, cerca de Arbaló, no quedaba lejos de allí y las imágenes de la emboscada sufrida martilleaban en su cabeza con macabra insistencia. La escabechina había estado próxima a tornarse en realidad y aunque muchos alababan su pericia al frente, Marcus estaba convencido de que la fortuna había sido vital para haber logrado evitar un mal mayor, salvando así gran cantidad de vidas, que a esa hora de la noche se apostaban, agotadas, a orillas del Rhin.

En los años que llevaba como parte de la legión romana, había participado en numerosas batallas y conquistas, pero pocas le habían desagradado tanto como la que había dado con su huesos en Germania hacía ya casi un año. El frío allí calaba hasta lo más profundo del alma y el terreno no facilitaba las largas marchas que los llevaban de un lugar a otro. Tampoco las tribus de salvajes a las que habían de enfrentarse ponían las cosas fáciles, y los sinsabores habían empezado a adueñarse de él.

Ansiaba regresar a casa, colmarse de los aromas familiares de la Roma imperial, caminar entre sus regias calles y saberse parte de una grandeza histórica. Pero esa grandeza se sustentaba en la eterna conquista y Germania había dado ya demasiados problemas como para seguir aplazando su toma. Marcus había vivido muchos ocasos allí, muchos amaneceres; y aún, se temía, viviría muchos más.

Caminaba despacio, algo alejado del improvisado campamento en el que la XIX legión se había apostado tras la huida de Arbaló. En esas gélidas tierras, Marcus había adoptado la costumbre de envainar y desenvainar continuamente su espada, apenas un pequeño movimiento, sosteniendo la empuñadura de su arma, para evitar que esta se encasquillase con el frío. Mientras llevaba a cabo aquel repetitivo gesto, canturreaba una canción, apenas un débil susurro que lo acompañase en aquel tenso silencio que tan poco le agrada. Se detuvo, entonces, al topar con la inesperada figura de una niña. Había tenido frente a sí a los rebeldes germanos en las

suficientes ocasiones como para reconocerlos. No pertenecía a ninguna de sus tribus.

Estaba sola y, aparentemente, desarmada, pero la inquietud lo abrazaba como una segunda armadura que pudiera colarse a través de la primera, paseando un frío agudo sobre su magullada piel.

Era una niña de apenas ocho o diez años. Su nívea piel se fundía a la perfección con el rubio de un cabello que se enmarañaba cayéndole, revuelto, hasta la cintura. Sus ojos azules pestañeaban con curiosidad y en ellos, Marcus detectó una calma inusual.

Sin apartar la mano de la empuñadura de su arma, paseó los ojos a través de la espesura que se alzaba alrededor, tratando de localizar a la posible compañía de aquella intrépida muchacha. No podía estar allí sola; no en plena guerra entre romanos y salvajes.

Cuando la joven avanzó un paso, Marcus reculó, alertado.

—No te muevas —le advirtió.

Con toda probabilidad, ella ni siquiera estaba entendiéndolo, pero si su idioma no le decía nada, esperaba que al menos su lenguaje corporal sí lo hiciera. Desenvainó lentamente la espada, no con la intención de atacar, sino con la de lanzar una muda advertencia. Pero la joven no debió tomarla como tal o, si lo hizo, trató de desafiarlo de algún modo, avanzando de nuevo.

—Te lo advierto, si das un paso más, no titubearé en matarte.

Ella sonrió y continuó caminando hasta que, prácticamente, hubo fulminado la distancia que la separaba de él. Marcus permaneció aferrado a la empuñadura de su espada como si esta pudiera despertarlo del mal sueño del que se sentía preso. Siempre había odiado encontrarse frente a mujeres y niños en las batallas y para su desgracia, aquella escena no se había dado, precisamente, en pocas ocasiones. Él mismo era solo un crío cuando se alistó en las legiones romanas, pero si algo había aprendido era que fiarse de la inferior apariencia de un enemigo solo había sumado bajas en sus propias filas.

Había perdido amigos a manos de niños, de mujeres y de muchos otros enemigos que habían forjado un traicionero exceso de confianza en los regios legionarios.

Confirmando sus peores presagios, la chiquilla se abalanzó encima de él, sin tiempo a reaccionar y todo se tornó oscuro.

Capítulo 2

1. Cuenta atrás

NUEVA TRÓPOLIS, año 2201 – Complejo militar de rescate Arkana 21

Una suave caricia en la mejilla le hizo abrir los ojos, apenas un roce con el dorso de la mano. Coraline movió la cabeza y sintió que estaba a punto de estallarle. Todo su cuerpo continuaba resentido y, al voltearse, notó aquel característico hormigueo que le reactivaba la circulación sanguínea en brazos y piernas.

Se llevó la mano al pecho y aferró con fuerza la sábana blanca que cubría su desnudez. Logró sentarse sobre la cama y percibió que tenía el cabello húmedo, algo que le hizo sentir un escalofrío.

Apretó los ojos y los abrió de nuevo, enfocando de manera costosa la visión. Al percatarse de su presencia, esbozó una tímida sonrisa. Permanecía sentado al borde de la cama, mirándola con expresión preocupada. Vicksor Schulz, capitán del ejército de las Alianzas, encargado del Programa Militar de Rescate Arkana 21 y el hombre de sus sueños, tan real como inaccesible.

—¿Cómo estás? —le preguntó él.

Que su voz fuese lo primero que escuchaba aquella mañana era ya razón más que suficiente para obviar todo el malestar que había sentido al despertar.

—Bien —murmuró Coraline con voz ronca—. ¿Qué ha pasado?

—Sufriste una crisis. Te diste un buen golpe.

Vicksor le paseó el dedo por el pómulo de forma fugaz, otro roce apenas perceptible—. Quiero que te pases por la Enfermería y le echen un vistazo.

—Apenas me duele —respondió ella, tocándose la zona señalada con el dedo índice.

—Aun así.

Coraline asintió mientras Vicksor se ponía en pie y cogía una jeringuilla del kit sanitario; no era uno Estándar, sino de Atención Específica, de modo que había ido expresamente a buscarlo para ella.

—No tomaste el suero ayer, ¿no? —le dijo.

Se acercó de nuevo y sujetó el brazo de Coraline para inyectarle un líquido violáceo en la articulación interior del codo.

Mientras lo hacía, ella no podía dejar de mirarlo. El cabello claro le caía sobre la frente y sus ojos grises permanecían atentos a la labor que estaba llevando a cabo.

—Sí lo tomé —respondió la joven—, pero aun así sufro las crisis. Creo que el suero no está funcionando conmigo.

Vicksor alzó la mirada y la fijó en ella al tiempo que colocaba una tira adhesiva sobre el pequeño pinchazo.

—¿Con qué frecuencia las sufres? —preguntó.

Coraline espiró.

—Un par de veces por semana... Tres, tal vez. Depende.

—¿Has informado de eso en Probatoria? —quiso saber él, en alusión al departamento que se encargaba del ensayo de nuevos medicamentos.

—Sí. Victoria me dijo que están trabajando en algo nuevo. Pronto podré probarlo.

Vicksor asintió y respiró profundamente. En silencio, se mantuvo agachado junto a la cama en la que Coraline permanecía, la suya propia.

—¿Me... desnudaste tú? —preguntó ella, ruborizada.

—Estabas ardiendo durante la crisis —respondió él, visiblemente incómodo—, experimentaste un aumento súbito de la temperatura corporal...

—Siempre me pasa —lo interrumpió ella.

—Te metí bajo la ducha. Después caíste inconsciente, pero estabas empapada.

—Vaya nohecita te he dado, ¿eh? Se suponía que era una noche de

celebración. Siento haberte chafado la fiesta.

—No tenía ganas de festejos. No creo que haya grandes motivos para eso. Aunque tampoco quiero razones como esta para escaquearme.

—Se cumplen cinco años desde el final de la guerra —expuso Coraline con timidez—. Es un motivo de celebración.

—Cinco años... Y apenas hemos empezado a pagar las consecuencias. Hemos reventado el planeta, acabado con un sinfín de vidas y arrebatado todo a muchas personas. Insisto: creo que no hay nada que celebrar.

—Visto así...

Un incómodo silencio se alzó entre los dos. La mirada gris de Vicksor, que había permanecido sobre sus propias manos, se alzó, encontrándose con los grandes y vivos ojos de Coraline, que a duras penas lograba refrenar el impulso de abrazarlo.

Haciendo acopio de valor, se colocó de rodillas, manteniendo aún sujeta contra su pecho la sábana que la cubría y se acercó algo más a Vicksor.

—¿Sabes? —le dijo—, durante las crisis soy capaz de pensar con nítida claridad. Veo cada cosa o cada persona a mi alrededor; lo oigo todo. Rezo interiormente por no hacerme daño y escucho una voz en mi cabeza que se repite como un eco: «Que acabe ya, que acabe ya, que acabe ya».

—Vicksor apretó los labios mientras la escuchaba con un nudo en la garganta—. Pero esta vez sabía que estabas aquí, conmigo y estaba tranquila porque sabía que nada malo podía ocurrirme, que te encargarías de protegerme.

—Tienes que acabar con esto —respondió él, tras un largo silencio—. Te lo he pedido por activa y por pasiva.

—Vicksor...

—Capitán. Para ti soy el capitán Schulz. Me pones en una situación muy jodida, Coraline.

—Te quiero.

—Déjate de idioteces —exclamó él, más alterado—. No me quieres, solo es un maldito capricho, pero...

—No lo es. No te pido nada. Lo único que quiero es que me tomes en serio, aun para responderme con indiferencia o para rechazarme.

Él la miró con una intensidad sobrecogedora, una intensidad que saltó por los aires cuando la puerta de acceso al habitáculo de Vicksor se abrió de repente para dar entrada a una mujer muy alta, de corto cabello rubio y elegantemente vestida con una falda y una chaqueta a juego, todo en tonos beige. Sus ojos eran tan claros que, por momentos Coraline pensaba que no tenía iris.

Los labios carmín de la recién llegada se curvaron en una mueca sonriente.

—¡Vaya estampa! —exclamó Iria—. ¿No es demasiado joven para ti, Vicksor?

El hombre se había puesto en pie como un resorte ante el gesto azorado de Coraline, que no sabía dónde meterse.

—Tranquila —le solicitó él—. Vístete y pásate por Enfermería, por favor.

Ella no llegó a responder, pues Vicksor abandonó su habitáculo, arrastrando consigo a Iria. Ya en el pasillo, la soltó y caminó delante de la mujer, que lo seguía con paso presuroso.

—No dudaba de que acabarías liándote con alguien aquí dentro, pero apostaba por Liz, la encargada de laboratorio. Una rubia despampanante, como a ti te gustan. —Vicksor continuó avanzando sin prestarle atención—. Mi hermana, por contra, abogaba más bien por Daniela, la chica de la cafetería. Alta, estilizada... Ninguna de las dos hemos acertado. Te lías con una cría que aún no ha cumplido los dieciocho.

En esta ocasión sí se detuvo, volteándose y fundiendo a Iria con una mirada asesina.

—Como no serviría de nada, no voy a molestarte en decirte que no es lo que te imaginas.

—La imagen hablaba por sí sola. Eres un soldado al mando de una operación compleja, Vicksor y ella, una refugiada, menor de edad, para más señas. ¿De veras merece la pena mandar tu carrera a la mierda por buscar diversión en el lugar equivocado?

—Sufrió una crisis. Traté de ayudarla. Todo lo demás está en tu jodida cabeza.

—Una crisis... —murmuró Iria, colocando los brazos en jarra—. ¿Y por qué estaba en tu habitáculo? ¿Por qué no la llevaste a Enfermería?

—Precisamente por la razón que te tiene aquí —respondió él, acercándose un paso más—, razón que, por descontado, no soy yo. De modo que deja

ya de dispararme reproches.

—Soy la presidenta de la Delegación y usted es mi subordinado, capitán, de modo que tengo todo el derecho del mundo a exigirle explicaciones, más allá de ser tu jodida mujer.

—Como mi jodida mujer, no voy a darte ninguna explicación. Puedes alargar la agonía todo lo que quieras, pero esto está muerto y enterrado. Como presidenta de la Delegación, exijo saber por qué en mi base se han producido tres caídas de energía en un mes. Cuando eso ocurre, el sistema auxiliar bloquea apenas ocho accesos entre los que, inexplicablemente, está la Enfermería. Por eso la sujeto referida durmió anoche en mi habitáculo.

Iria suspiró profundamente.

—No vamos a resolver esto en los pasillos —zanjó de mala gana—. Date una ducha de agua fría y acude a la sala de juntas.

Vicksor negó con la cabeza y caminó tras los pasos de Iria, cruzándose en el corredor con un par de muchachos que le dedicaron un saludo militar.

Trató de recomponerse y olvidar la tensa conversación que había mantenido con su esposa de camino a la sala de juntas, donde se llevaría a cabo el encuentro que él mismo había solicitado con la Presidenta de la Delegación y los miembros de su equipo.

La sala de juntas era un lugar amplio con una larga mesa de color blanco envuelta por veinte ergonómicas sillas en el mismo tono. Solo la pared, forrada con placas plateadas, discordaba con el blanco imperante. En el extremo opuesto a la puerta de entrada había una enorme pantalla que ocupaba toda esa tapia, un holovisor o visor holográfico para mantener ciberconferencias. En aquel momento, solo mostraba el logotipo de las Alianzas girando sobre sí mismo acompañado por un leve zumbido.

No había ventanas allí y toda la luz provenía de un gigantesco led que prendía todo el techo al encenderse.

Vicksor se detuvo al entrar, sorprendido, al no encontrar a nadie allí. Iria permaneció también inmóvil durante unos segundos detrás de su marido.

—Tiempo atrás te alegrabas cuando venía sola. Aunque también las

bienvenidas eran mucho más calurosas.

—¿Dónde está Raymond? —exigió saber él, ignorando las palabras de Iria, que lo rebasó y se dejó caer pesadamente sobre la silla más cercana al holovisor.

—No ha podido venir —respondió, entrelazando los dedos—. Lo siento, cariño, pero la situación ahí fuera no da para atender tus constantes llamadas de atención, así que tendrás que conformarte con disponer de Raymond vía holograma.

Vicksor se tragó un suspiro mientras caminaba hasta situarse frente a Iria. Él, sin embargo, permaneció de pie.

—Activado visor holográfico —dijo—. Clave 1725/VS

«Clave identificada con éxito —anunció una voz metálica—. Capitán Vicksor Schulz. Conexión entrante. ¿Aceptar?».

—Afirmativo —respondió, apoyándose con las manos sobre la mesa.

En ese preciso instante, la figura de Raymond Martínez se materializaba en forma de holograma junto a él.

—Buenos días, capitán —lo saludó. Vicksor respondió con un gesto de su cabeza—. Buenos días, Iria. ¿Bien el viaje?

—Bastante mejor que el recibimiento, Ray. Buenos días.

—¿Quién lo diría? Estás preciosa.

Iria sonrió de forma sincera. Por más molesta que estuviera, nunca despreciaba un buen halago.

—Todo tuyo —dijo la mujer, dirigiéndose a Vicksor.

Antes de que este pudiera hablar, no obstante, Raymond se adelantó:

—Capitán, soy plenamente consciente de las dificultades que se están atravesando en la base. No es la única Arkana que las sufre, pero toca asumir la situación y entender que hay... prioridades.

Mientras hablaba, Raymond paseaba de un lado a otro con las manos en la espalda. Su imagen se desplazaba a través de la sala, como si estuviera allí presente, con la única salvedad de que las caídas de energía ocasionaban interferencias en su figura.

—¿Qué prioridades? —preguntó Vicksor, con un tono seco y sin rodeos.

—Capitán, las previsiones más halagüeñas de la comunidad científica dan dos años de vida al planeta. Tres, a lo sumo. Dado que no hemos sido capaces de establecer colonias en el espacio exterior, la prioridad pasa por estabilizar las brechas espacio-temporales que hemos logrado abrir. La evacuación no puede ser a un lugar nuevo, pero sí a un tiempo nuevo y en eso estamos volcando todos nuestros recursos y toda nuestra energía.

—Eso lo sé sobradamente, pero no podéis abandonar todo lo demás. Tengo una base con ciento veintiséis menores que lo han perdido todo en la guerra: a sus padres, a sus familias, sus casas. Todo. Muchos de ellos sufren aún los efectos de las armas químicas; están hospitalizados, sufren crisis, necesitan atención médica y una jodida caída de energía los deja sin todo eso. Imagina tres.

Raymond se había detenido y escuchaba a Vickor con suma atención.

—Tienes sistemas auxiliares.

—Un sistema auxiliar no puede hacer frente a tres caídas por mes, Ray; especialmente cuando tampoco hay energía para surtir a los acumuladores.

—Eólica y solar están imposibilitadas, Vicksor —señaló Raymond, llevándose los dedos al puente de la nariz—. Las centrales han sido destruidas. La cinética de la red de transportes es irrecuperable a corto plazo. Las vías de circulación por fricción están destrozadas. Era nuestro motor energético. El suministro a las Arkanas es mínimo, como en el resto de bases. En la ciudad es inexistente. Te pido paciencia y comprensión.

—Paciencia y comprensión. ¿Y cómo se la pido yo a esos chicos? ¿Cómo le pido yo paciencia y comprensión a un crío al que el bot que mantiene limpio el oxígeno de sus pulmones le deja de funcionar por una puta avería?

Raymond le dedicó una significativa mirada a Iria, una muda demanda de auxilio que la mujer captó al vuelo. Se puso en pie y caminó unos pocos pasos hasta el centro de la sala mientras extraía su lápiz óptico del bolsillo y trazaba un par de líneas en el aire. Estas se materializaron brillando con un intenso color verde y en pocos segundos, el plano tridimensional de la Arkana 21 quedó exhibido ante los dos asistentes y el holograma de Martínez.

—Has dicho que el sistema auxiliar bloquea ocho accesos —dijo con voz cansada—. Redúcelos y, por supuesto, elimina Enfermería entre esos bloqueos. Pero entonces redobla vigilancia ahí porque la caída en Enfermería puede originar robos de medicamentos y otras sustancias que

no deberían estar al alcance de los críos. Si el bloqueo se limita a Compuertas Externas, Munición y el Ático es más que suficiente. El sistema auxiliar aguantará.

—¿Hasta cuándo? —exigió saber Vicksor, que no se había movido de su sitio.

—Hablar de futuro tal y como están las cosas resulta bastante incierto, capitán. No sé hasta cuándo, pero aguantará.

—Bueno —exclamó Raymond, visiblemente aliviado—. Sé que no es la solución soñada, capitán, pero no podemos hacer más. Celebro que Iria nos haya sacado de esta. No tienes precio, querida.

Iria volvió a sonreír, aunque esta vez su mueca se mostró más forzada.

—Lamento la situación, de veras —añadió Raymond—. Ahora tengo que irme. Sobra decir que espero noticias ante cualquier avance, capitán. Buenos días, Iria.

—Buenos días, Raymond. Gracias por todo.

El holograma del Jefe de Departamento de Rescate se desvaneció y durante unos segundos el silencio fue un pesada cortina entre Vicksor e Iria.

Con las manos metidas en los bolsillos, la mujer se acercó a su marido y apoyó la cadera sobre la mesa frente a la que él había permanecido durante toda la comparecencia de Raymond Martínez.

—Ya lo has oído —le dijo—. Las cosas no pintan bien.

—Supongo que están peor de lo que imaginaba. ¿Me lo vas a contar o es secreto?

Ella sonrió débilmente.

—Contártelo... —murmuró—. ¿El qué?

—Si mis demandas no son lo suficientemente importantes como para que el Jefe de Departamento haya venido hasta aquí, mucho menos habrían de serlo para que lo hiciera la Presidenta de la Delegación. Pero estás aquí. ¿Qué pasa?

Iria aún tardó unos segundos en responder.

—Se trata de la última brecha abierta.

—¿Es estable?

La mujer negó con la cabeza.

—Doce minutos antes de cerrarse, pero esta trajo novedades: alguien llegó desde el otro lado. Sobra decir que es la primera vez que alguien cruza una brecha, que el sujeto es oro y que hay que estudiarlo en tiempo récord.

Vicksor frunció el ceño, desconcertado.

—¿Quién es? ¿En qué tiempo se abrió la brecha?

—Germania. Año once, antes de Cristo. Es un general de la legión romana.

Vicksor resopló.

Capítulo 3

3. Reubicados

Coraline entró en los comedores pasadas las once de la mañana. Allí quedaban solo algunos rezagados, ya que los horarios en la Arkana eran estrictos en la medida de las posibilidades de los niños y muchachos que allí habitaban, jóvenes que, en su mayoría, lo habían perdido todo y que cargaban con tantas heridas físicas como emocionales. Sobre todo, emocionales.

La muchacha hizo una mueca con el rostro, pues el par de puntos que había recibido en el pómulo le tiraban, ocasionándole molestias, pero por suerte el capitán Schulz había hecho un buen trabajo con la herida y esta no se había infectado.

En cuanto la vio llegar, su amigo Leo le salió al paso.

—¡Cora!

—Hola —respondió ella, con serenidad.

—¿Dónde demonios estabas? Desapareciste anoche y... ¿Qué te ha pasado? —añadió, paseándole el dedo sobre el hilo casi imperceptible.

—Sufrí una crisis. Otra. Y me di un mamporro. Acaban de coserme.

—¿Por qué no te lo han cerrado con el láser?

—No funciona. Por la caída de energía, supongo; hubo que hacerlo por el método tradicional. ¿Y sabes qué? ¡Duele!

Coraline rebasó a su amigo y continuó caminando hasta sentarse en el extremo de la larga banqueta metálica que rodeaba el perímetro de la enorme sala. Leo la miraba con los brazos en jarra mientras ella sonreía, con la espalda apoyada en la pared.

—¿Por qué te ríes? —preguntó el muchacho—. ¿Desde cuándo es el dolor una buena noticia?

—No es una buena noticia. Pero Vicksor estaba conmigo durante la crisis. Él me ayudó.

Leo negó con la cabeza, tratando de reprimir una débil sonrisa y tomó asiento junto a la muchacha, con la espalda encorvada hacia adelante y

sus propias manos entrelazadas.

—Al menos, sabría cómo actuar.

Ella asintió.

—He dormido en su habitáculo. Me metió debajo de la ducha y me... desnudó para acostarme en su cama.

—Dime que no ha pasado nada —espetó el joven, irguiéndose.

Coraline chasqueó la lengua, algo molesta por el tono que Leo había empleado.

—No, claro que no pasó nada. Pero, ¿por qué lo dices de ese modo?

—Porque ya sabes lo que pienso; creo que lo que te pasa con Schulz es un auténtica locura. Él es el capitán, un soldado del ejército, un señor de veintiocho años, para más señas, casado. Y tú, una refugiada de guerra, de diecisiete...

—Dieciocho en un mes —lo interrumpió ella.

—Y algo así como un experimento en la base que él dirige —sentenció su amigo.

—Sí, sé todo eso, Leo. Me lo recuerdas cada día —espetó ella, cruzándose de brazos.

—Te lo recuerdo porque se te olvida constantemente y además, no...

Leo guardó silencio cuando la espigada y esbelta figura de Iria entró en la sala. No era habitual verla en los comedores; ni siquiera lo era cruzarse con ella en las zonas de acceso de los residentes de la Arkana, ya que en las escasas ocasiones que los visitaba, solía ser tan solo para reunirse con los altos mandos de la base, es decir el capitán o alguna de sus personas de confianza. Por ese motivo, Leo imaginó que algo importante debía de haber ocurrido para que la Presidenta de la Delegación se hubiera «rebajado» a mezclarse con ellos, y algo le decía que su mejor amiga tenía mucho que ver.

Coraline se tensó y sus ojos marrones se fijaron en el suelo, mientras los tacones de Iria se acercaban con su habitual paso cadencioso y seguro. Al llegar frente a ella, colocó los brazos en jarra y la perforó con la mirada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, sin vacilaciones.

—Coraline —respondió ella con un hilo de voz.

La mujer sonrió.

—No, me refiero a tu nombre aquí, en la Arkana.

—232/SFP

—SFP... —murmuró Iria—. Interesante.

Giró sobre sus propios talones y, del mismo modo que había llegado hasta allí, desapareció. Solo entonces Coraline fue capaz de alzar de nuevo la cabeza. Los pocos muchachos que quedaban sentados a las mesas, la miraban con escaso disimulo, al igual que Seth, el encargado del comedor, un hombre fornido de unos cincuenta años, y la encargada de la cafetería, Daniela.

—Vale —intervino Leo, captando de nuevo la atención de Coraline—, supongo que la llegada de la bruja del norte y su escueta pregunta tienen alguna razón de ser, ¿no? Porque no creo que de pronto desee convertirse en amiga tuya.

Coraline se puso en pie como un resorte y abandonó la sala, seguida de cerca por Leo, que la retuvo, sujetándola del brazo una vez estuvieron fuera. Coraline se detuvo y lo miró mientras él aguardaba una respuesta. Ella siempre había pensado que los efectos de las armas biológicas utilizadas durante la última guerra, habían causado en Leo un efecto positivo, le habían otorgado un don que le permitía saber cuándo alguien le mentía u ocultaba información. No era cierto. Nadie podía haberse llevado algo positivo de la exposición a aquel armamento letal que había arrasado vidas como un rodillo, pero en ocasiones, Coraline se perdía en aquella fantasía que los convertía en súperhéroes y no en enfermos.

—Ya te he dicho que dormí en su habitáculo. Ella llegó esta mañana, entró sin pedir permiso y nos vio. Supongo que imaginó lo mismo que tú temías.

Leo se llevó las manos sobre la cabeza, aplastando varias de sus rebeldes ondas negras. Sus ojos oscuros se abrieron como platos y apretó los labios en una mueca de preocupación.

—Sabes que esto va a tener consecuencias, ¿verdad?

—¿El qué? —exclamó ella, casi con desesperación—. No pasó nada, Leo. Me has visto en mil crisis, ¿crees que después soy la persona más apasionada del mundo?

—Claro que no, pero eso tendrás que explicárselo a la señora del capitán. Explícale que realmente sufriste una crisis. Explícale que la sufriste en el habitáculo de su marido porque lo persigues constantemente, lo buscas.

—Leo, me estás dibujando como una psicópata. Claro que trato de buscar su cercanía de vez en cuando. A veces es todo lo que tengo. Aunque nadie me tome en serio, estoy enamorada de él y hay días en los que mirarlo, escuchar su voz, verlo sonreír es lo único que me da fuerzas para seguir adelante en medio de toda esta mierda. Perdóname por eso.

Leo suspiró, apenado por las palabras de Coraline. La comprendía más de lo que ella pensaba y de lo que él mismo estaba dispuesto a admitir, pero sabía que las consecuencias de aquella locura solo le acarrearían cosas negativas, como ya había empezado a suceder.

—Schulz te ha pedido mil veces que te alejes —respondió él, en un tono de voz apenas audible—. Vas a meterlo en un lío.

—Trato de apartarme. Pero de vez en cuando necesito una tregua.

—Cora...

—No voy a permitir que esto le perjudique. Haré todo lo que sea necesario. No va a pasar nada.

—No sé a él. Pero a ti acaban de pedirte identificación.

—Ya... No pasará nada. Me voy a dormir un rato. Luego te veo.

Leo suspiró profundamente y ya no dijo nada más cuando Coraline dio media vuelta y empezó a caminar en dirección a la escalera que conducía a la planta superior, las habitaciones de los SFP: Sujetos en Fase Probatoria, niños y muchachos enfermos que trataban de dar con el medicamento adecuado, si no para curar, sí para paliar los efectos de sus variadas enfermedades.

Nelly cerró la tapa del Visor Holográfico Portátil que Vicksor le había entregado, conocido comúnmente como VHP. En él había podido conocer los detalles del informe que Iria le había entregado al capitán hacía

escasamente media hora y una indignación notable le oscurecía el rostro.

—No puedo creerlo —exclamó la mujer—. ¿Por qué nadie me lo había dicho?

—Yo te lo he dicho, ¿no?

—Con todo el respeto, capitán, me está usted pidiendo que acondicione una Cámara de Gestión Cerebral. Y que lo haga con veinticuatro horas de antelación para utilizarla con un general de la antigua Roma. ¡Es surrealista!

—Puede parecértelo, Nelly, pero es la primera vez que desde una de esas malditas brechas llega alguien y se presume vital averiguar cómo logró cruzar, qué consecuencias puede tener eso en un cuerpo humano y qué podemos encontrar al otro lado. Imagínate cómo estaría ese hombre si despierta en el siglo XXIII, tal cual. Hay que prepararlo para eso y obtener toda la información que podamos.

Nelly exhaló un suspiro hondo al tiempo que negaba con la cabeza, en absoluto convencida con las explicaciones de Schulz.

—¿Cuándo lo traen exactamente?

—Mañana. Al alba. Es alto secreto, sobra decirlo.

—¿A quién estoy autorizada a informar?

—A nadie. Hazte cargo tú.

—Capitán, tengo muchas otras ocupaciones en la Arkana. Hay chicos esperando nuevos medicamentos.

—Delégalo, Nelly. A esos chicos no les servirá de nada vivir si no hay dónde hacerlo.

—De acuerdo —concluyó tras meditarlo—. Lo organizaré. Victoria se ocupará de las medicinas y yo...

—Gracias. Sé que es apresurado y que no estamos en las mejores circunstancias, pero el tiempo apremia.

Nelly se limitó a asentir. Era una mujer bajita y regordeta, pero su carácter y mal genio eran de sobra conocidos en la Arkana, por lo que Vicksor valoraba de forma positiva el modo en el que había tomado una petición que le desagradaba por lo inesperada y poco ética en opinión de la propia Nelly. Introducir a alguien en una CGC (Cámara de Gestión Cerebral) había sido una práctica prohibida durante el normal

funcionamiento de las sociedades de la Tierra, salvo casos extremos, como crímenes y delitos de gravedad. En esos casos, el delincuente era conducido hasta una de esas cápsulas alargadas, donde se le colocaban una serie de electrodos, algunos de los cuales servían para extraer información de su cerebro. Hallar lugares del crimen o conocer todo cuanto el acusado había llegado a hacer, había resuelto casos que en el pasado hubieran resultado imposibles. No obstante, bucear en la mente de alguien podía suponer una intromisión en la intimidad de esa persona que la ley no amparaba en cualquier circunstancia, aunque al principio se había llevado a cabo con extrema ligereza.

De igual manera, las Cámaras de Gestión Cerebral tenían una utilidad opuesta, que era la de conceder al sujeto en cuestión el conocimiento sobre algo no estudiado o ignorado, otra vertiente que igualmente Nelly detestaba. Los aprendizajes habían de adquirirse mediante esfuerzo y estudio; no con la simple inserción de toda la información en el cerebro.

Sin embargo, si bien el primero uso de las cámaras estaba claro y legislado en todas las sociedades desarrolladas, el segundo siempre había sido objeto de debate en la comunidad científica, pues algunos consideraban que de ese modo podría aspirarse a una sociedad perfecta, formada por personas con elevado nivel cultural y una sapiencia que no condenase a la humanidad a los fracasos ya antes vividos.

—¿Por qué lo traen aquí? —preguntó Nelly, que había regresado a su mesa de trabajo y se había vuelto a activar sus gafas, enfrascándose en su labor—. ¿Por qué no lo han llevado a ninguna otra Arkana? Las había más cercanas, respecto del lugar en el que apareció ese hombre, según las coordenadas indicadas en el informe. Aquí solo rescatamos a críos sin familia.

—No lo sé, Nelly. Yo no hago preguntas. Me limito a cumplir órdenes.

Vicksor ya abandonaba el laboratorio, pero se detuvo antes de escanear su dedo en el acceso correspondiente. Dio media vuelta y observó el fatigado rostro de Nelly.

—¿Ocurre algo, capitán? —preguntó ella.

—232/SFP, ¿qué hay de ella?

Nelly frunció el ceño, sorprendida ante la pregunta. Volteó ligeramente su cuerpo, encarándose hacia el otro holoordenador e introdujo su código. Después, sus dedos marcaron la clave de identificación personal proporcionada por el propio Vicksor y en pocos segundos, la mujer realizó la comprobación entre los datos que aparecían en el aire.

—Nada —respondió, negando con la cabeza—. El suero KS65 no funciona. Su riego sanguíneo tiene un funcionamiento anormal. Sufre colapsos con frecuencia, su temperatura corporal se dispara y la sacuden espasmos hasta que cae inconsciente. Su pueblo fue uno de los más afectados en el primer ataque químico. De momento no tenemos nada. Poco halagüeñas las cosas con ella. Como con tantos otros —se lamentó Nelly.

—Dijo que Victoria trabajaba en algo nuevo.

Nelly negó con la cabeza.

—Son niños, capitán. A veces hay que mentir.

Vicksor dio media vuelta y, esta vez sí, abandonó el área de Laboratorios.

Al salir del elevador, se encontró de frente con Coraline y dos muchachas más que caminaban delante de ella, hablando. Las jóvenes saludaron a Vicksor y continuaron su camino, mientras Coraline, que solo le había dedicado una fugaz mirada, empezaba ya a subir la escalera que había de llevarla a su habitáculo. La joven se detuvo solo un segundo y reanudó la marcha, mientras Vicksor avanzaba a largas zancadas pasillo a través.

El capitán maldijo para sus adentros, digiriendo aún lo que acababa de saber en la planta inferior y se detuvo. Esperó a que las muchachas que habían precedido a Coraline desaparecieran y después refuló un par de pasos.

—Coraline...

Ella se volvió algo más arriba y permaneció inmóvil mientras sus dedos se aferraban a la barandilla metálica.

—¿Cómo estás?

—Bien. Me han dado dos puntos. Hizo un buen trabajo con la herida, capitán.

—¿Y la crisis?

—Hasta la próxima, estoy bien. Estaré bien —añadió, al ver el rostro preocupado de Vicksor.

Él asintió y desapareció, tratando de liberar el nudo que le oprimía en la garganta cada vez que cruzaba una simple mirada con aquella joven. No podía negarlo, Coraline era diferente a los demás muchachos y niños que habitaban allí, o quizás era él quien la veía así.

Llegó hasta la puerta de su habitáculo y paseó su dedo pulgar sobre el escáner que había de concederle acceso. Se sentía agotada y mareada, pero la puerta le devolvió un sonido áspero, acompañado de su correspondiente voz robótica.

«Acceso denegado».

Coraline frunció el ceño y volvió a pasear de nuevo el dedo sobre el escáner.

«Acceso denegado».

—No lo puedo creer... —murmuró, confusa—. Hoy no es mi día...

Volteó la cabeza al escuchar unos pasos que se aproximaban con estrépito. Era un soldado, pero aquello no la sorprendió. La Arkana era un complejo militar y todos allí eran soldados. O casi todos.

—¿Sujeto 232/SFP? —preguntó el hombre, deteniéndose junto a ella. Era alto y de rostro enjuto. Coraline pensó que con una sola mano podría tumbar una de las compuertas que sellaban los habitáculos y por un fugaz segundo valoró la posibilidad de solicitarle ayuda. Se guardó una sonrisa y desechó la idea, pues aparentemente, aquel hombre no estaba allí para eso.

—Sí, soy yo —respondió ella, vacilando.

—La han reubicado, señorita.

—¿Reubicado? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Ahora mismo. Acompañeme.

El soldado la rebasó y ascendió un nuevo tramo de escaleras. Coraline lo siguió sin quejarse. Estaba segura de que aquella estaba siendo la particular venganza de Iria Schulz, la esposa del capitán, por haberla descubierto en el habitáculo de su marido. Era cierto que no había sucedido nada, pero también lo era que los pensamientos que ella coleccionaba sobre Schulz la hubieran hecho merecedora de algo peor que un cambio de ubicación en la Arkana para la mujer del capitán. No

obstante, Coraline sabía perfectamente que la relación entre ambos estaba más que finiquitada. Los rumores se extendían con rapidez en los pasillos de la Arkana, donde los gritos entre ambos durante las discusiones eran ya más que conocidos. Nunca le hubiera confesado a Vicksor sus verdaderos sentimientos de haber sabido que era parte de un matrimonio feliz.

Coraline se detuvo cuando el soldado continuó subiendo una planta más. Al percatarse, este se volvió.

—¿Me acompaña?

—Debe de haber un error —protestó ella—. La planta de arriba es... el Ático.

—No hay ningún error, señorita. Sígame, por favor.

Pero Coraline fue incapaz de dar un solo paso más hasta que el soldado desandó los suyos y la agarró del brazo, arrastrándola prácticamente escaleras arriba.

—¡Suéltame! —gritó, asustada.

Trató de desasirse y de golpear a aquel hombre, que ni siquiera se inmutaba lo más mínimo. Ante la fiera resistencia de la joven, el soldado se vio obligado a inyectarle una dosis de T.I-01 (Tranquilizante Inmediato, en su primera versión). Coraline cayó de rodillas sobre un peldaño y aunque no estaba inconsciente, dejó de resistirse al notar todo su cuerpo en peso muerto y la nula voluntad de su cerebro por llevar a cabo sus propias órdenes.

Capítulo 4

3. El Ático

«Un corte en el cielo. Como si un enorme cuchillo se hubiera hundido en su tersa superficie, arrancándole las entrañas. Al otro lado, lo que se ve es confuso. Durante el día, el tajo es un trozo de oscuridad con brillantes estrellas. Durante la noche, la fusión con el resto del firmamento la convierte en una línea de fulgor azulado.

Lo cierto es que resulta fascinante mirarla, no ya solo por lo peculiar del fenómeno, sino por todo cuando esa brecha lleva implícito. Ese simple corte que desde aquí parece relativamente pequeño y que abarca, según los estudios realizados, un par de kilómetros en el cielo, es un acceso hacia otro tiempo, uno pasado, a priori. Nuestra única posibilidad de salvación.

Hemos dado inicio a una agónica cuenta atrás y como no podemos huir a un «dónde», se supone que debemos hacerlo a un «cuándo». Si con la tecnología actual fuésemos capaces de llegar a trescientos años atrás, por ejemplo, dispondríamos de ese tiempo de margen para seguir intentándolo. Puede, incluso, que el planeta pudiera ofrecernos mayores recursos para eso, puesto que actualmente está seco, destrozado y carente de toda voluntad para ayudarnos. Yo también lo haría si me hubieran destruido del modo en el que nosotros lo hemos hecho con él. La III ha sido determinante, un golpe de gracia. La guerra. Pocos son los que aluden a ella como la Tercera Guerra Mundial, pero no hay otro modo de explicar tanta devastación. Las armas químicas han sido más letales que las físicas y los daños ocasionados son una realidad con la que convivimos diariamente. Con la que siempre lo haremos. Los cadáveres se cuentan por millones y las imágenes son tan crudas, que el holovisor dejó de proyectarlas hace mucho.

Aquí, además, la información llega reducida y con cuentagotas.

Uno de los grandes problemas con las brechas espacio-temporales que han conseguido abrirse, es que son inestables, es decir, apenas duran abiertas unos pocos minutos, lo cual hace imposible una evacuación organizada. La única que permanece abierta es esta que puedo ver por la estrecha ventana blindada de mi habitáculo. La N26-00, un nombre muy creativo que alude a la fecha en la que apareció, el veintiséis de noviembre de 2200; hace ya siete meses.

Otro de los problemas de las brechas es que resulta muy difícil abrirlas en un lugar y tiempo deseados. Imaginar una base junto al campamento del

entrañable Atila o el amistoso Gengis Khan se hace poco apetecible, por más fama que les preceda. O precisamente por ello.

¿Y por qué no cruzáis por la N26-00?, te preguntarás. Porque según parece, sus características físicas y químicas la hacen distinta al resto. Según hemos podido saber, su campo magnético es diferente; no hay gravedad en su perímetro y la temperatura aumenta considerablemente al acercarse. Eso, sumado al hecho de que no sabemos qué hay detrás porque nadie ha creado esa brecha, la convierten en un total misterio que hay que desentrañar antes de atreverse a dar el paso.

Me llamo Mía Hemsley, tengo dieciséis años y soy una de las reclusas —no se nos puede llamar de otra manera— de la oficialmente conocida como Zona XY-82; el Ático, por ser la planta más alta de la base militar Arkana 21, que forma parte del Programa para la Protección y el Rescate de la Raza Humana, dirigida por el capitán de las Alianzas, Vicksor Schulz, también conocido como capitán «Malasombra». Si escuchas esta holograbación, significa que...».

—Que te aburres como una ostra. ¿Sigues con ese estúpido diario?

Mía detuvo su holograbador deslizando el dedo por el aire y borró la línea roja que lo surcaba, modificándose con cada tonalidad diferente de su voz. Oprimió el botón del tubo metálico que lo proyectaba y lo guardó en su bolillo.

—¿Te importa? —exclamó molesta.

—No, no me importa —respondió Kat—. Pero es absurdo que sigas con la idea de grabar nuestro agónico final para que algún alien lo escuche por el ciberespacio. ¿Crees que estarán interesados en venir a darnos sepultura?

Mía se acomodó en su cama o cápsula de descanso y suspiró mientras observaba a su amiga, apoyada en el umbral de la puerta, sin llegar a cruzarla. El cabello rubio le ocultaba un ojo, confiriéndole un aspecto amenazante del que ella disfrutaba. Su pelo corto dejaba al descubierto un cuello largo y una piel blanquecina, igual que la de su rostro y sus manos, que aún contrastaban más con el uniforme negro, del que llevaba buena parte desabrochado.

—¿Qué quieres, Kat?

—Tenemos chica nueva en la oficina.

—¿Chica nueva?

—Una princesita. ¿Te apuntas al comité de bienvenida?

Mía suspiró y se puso en pie para recorrer el pasillo tras los pasos cadenciosos de su amiga.

El Ático estaba conformado, apenas, por una sala principal, otra de ocio y veinte habitáculos o dormitorios que casi nunca estaban ocupados en su totalidad. Además de una pequeña terraza acristalada y totalmente insonorizada. Por último, una sala de apenas diez metros cuadrados que se utilizaba como Enfermería y otra con diez compartimentos individuales a modo de ducha. La comida se servía a través de una cinta transportadora conectada con las cocinas principales de la Arkana, y es que estar designado en el Ático, no era precisamente un premio por buen comportamiento, sino todo lo contrario.

Kat y Mía llegaron hasta la sala principal y se encontraron con el temeroso rostro de Cora al otro lado del cristal de lo que, comúnmente, ellas denominaban la serpiente, un largo pasillo acristalado que conducía a un pequeño habitáculo con cinco cápsulas de descanso o camas, aisladas del resto del Ático. Todo el que llegaba allí había de pasar tres días apartado, mientras los estudios médicos evaluaban su estado y las necesidades extra que instalarse allí podía suponer, ya que los sujetos del Ático no podían acudir a Enfermería con la misma asiduidad que los demás.

Kat pegó la frente al cristal y alzó una ceja mientras observaba a la aterrorizada Cora, cuyo rostro estaba completamente impregnado en lágrimas. Mantenía la espalda pegada a la pared y frotaba sus brazos con sus manos, tratando de hacerse lo más pequeña posible.

—No va a durar mucho aquí... —musitó Kat.

—Claro que va a durar —repuso Mía, acercándose—. Para eso estamos nosotras, ¿no?

Kat guardó un largo silencio antes de responder.

—Lo intentaremos, como siempre. Pero la miro y veo a otra Tanja.

Mía fulminó a Kat con la mirada. Después, apoyó el hombro sobre el cristal y observó a la recién llegada con la compasión que inspiraría un animalillo encerrado en una jaula.

—Lo siento —se disculpó Kat—. Supongo que la comparativa ha sido desafortunada.

Mía tardó una eternidad en responder. Entre los murmullos de aquella conversación, los silencios llegaban flanqueados por el zumbido de los generadores que había en aquella misma planta y que en las últimas

semanas traqueteaban como si fueran viejas locomotoras.

—Siempre he pensado que seguramente hubo mil cosas más que pudimos haber hecho por ella. —dijo Mía—. Cosas que no la hubieran llevado a... en fin.

—¿A suicidarse?

Mía cerró los ojos y chasqueó la lengua.

—Acabas de disculparte por tu boca y ahora...

—Una cosa es sacar a colación algo que puede no venir a cuento —la interrumpió ella—, y otra es no llamar a las cosas por su nombre. Tanja se suicidó.

Mía apretó los labios y los puños. Kat lograba arrancarle lo mejor y lo peor, pero tenía razón. Su brusca sinceridad solía llevar cargas de verdad, de esa verdad incómoda y difícil de digerir.

—¿Sabes? —dijo esta—. Yo también pensaba así, pero cada vez estoy menos segura de eso. O más segura de lo contrario.

—¿Por que lo dices?

Kat sonrió y cambió el peso de su cuerpo, apoyándolo en la otra pierna, al tiempo que colocaba su brazo entre su frente y el cristal.

—Joder, mira este sitio. Las medidas de seguridad que existen en el resto de la Arkana, brillan por su ausencia aquí. Nos confinan juntos con la etiqueta de problemáticos. Se nos restringe el derecho a ir a Enfermería... Casi se minimiza el control de nuestras enfermedades. Y te diría que hasta nos comemos las sobras de los demás. Es un sitio en el que no importa lo que nos pase. Desterrados de última generación. Estamos aquí para morir.

—No digas eso... —murmuró Mía, sin mirarla—. Muchos se han marchado.

Kat esbozó una sonrisa irónica.

—¿Adónde? ¿A casa, Mía? ¿Con su mamá y su papá? ¿A protagonizar su gran reencuentro?

—Ya sé que tú crees que somos sus conejillos de indias para Probatoria, pero sigue pareciéndome absurdo. Experimentar con humanos es

obsoleto.

Kat la miró y Mía intentó ver en sus rasgos duros aquella muñeca de porcelana que rara vez distinguía, pero que existía. Katerina era la persona más dura que había conocido jamás. Nunca la había visto llorar; ni siquiera el día en que ella misma había encontrado a Tanja sin vida sobre su cápsula de descanso tras inyectarse su propia medicina y la de Kat.

Contar con ella le había impedido volverse loca allí dentro y sucumbir en los peores momentos. Y en el Ático había muchos de esos. Pero por paradójico que resultase, a veces, lo que necesitaba de Katerina era ver aflorar su fragilidad, esa que había percibido en sus abrazos silenciosos. Esa que adivinaba tras su indestructible coraza.

—¿Qué puede haber hecho alguien como ella para acabar aquí, en el Ático? —preguntó Mía.

Kat suspiró y volvió a erguirse.

—No lo sé —respondió.

Se volvió y la miró mientras Mía extraía de nuevo el pequeño tubo metálico de su bolsillo para activar la holopantalla y sus dedos se movían rápidamente sobre el teclado virtual.

Al otro lado del cristal insonorizado, Cora solo podría ver el rostro de dos curiosas que la miraban con cierto desdén y movían los labios, hablando entre ellas.

Los días eran una procesión lenta y agónica en el Ático y no había pasado tanto tiempo desde que fuese la propia Mía quien se había encontrado al otro lado de la serpiente. Recordaba el miedo, la incertidumbre e incluso el frío crudo en el pasillo de Aislamiento. En aquel entonces había sido Tanja la que encontró el modo de tranquilizarla desde la zona común de internos, y ahora que la joven ya no estaba, debería ser ella misma quien lo hiciera. Se sentía con el deber moral de prolongar el pequeño oasis de bienestar que la chica había creado allí, una forma de mantener su legado, de recordarla y darle su lugar.

Movió el tubo entre sus dedos y las letras que se habían trazado en el aire se giraron para que Cora pudiera leerlas.

«Yo soy Mía y ella es Kat. No debes temer. Cuidaremos de ti».

Cora trató de esbozar algo parecido a una sonrisa al tiempo que asentía.

Y Mía volvió a escribir:

«Tendrás que pasar tres días en la Zona de Aislamiento para que estudien tu expediente. Después estarás aquí, con nosotras. Estaremos cerca hasta ese momento. No estás sola».

Coraline asintió de nuevo, mientras sus ojos vacilaban de la una a otra. En la chica de cabello rojo, sus facciones se relajaban; en la chica del cabello rubio... ¿o era blanco? Qué importaba... En ella, se contraían en una mueca dubitativa.

—No importa lo que le digas —murmuró Kat—. Está aterrada y es lo normal. Se acostumbrará.

—Ayudaría que te mostrases un poco empática con ella. Todas hemos pasado por esto.

—Cuidaré de ella, igual que cuido de ti, de Thunder o de cualquiera que lo necesite aquí dentro, pero no tengo que convertirme en una empalagosa bolsa de gominolas y corazoncitos para eso. Tú lo sabes bien.

—No digo que... Olvídalo.

Voltearon la cabeza y se apartaron al oír unos pasos acercándose a sus espaldas. Thunder fue el primero en llegar hasta allí para observar con curiosidad a la chica que temblaba al otro lado del cristal. A duras penas llegaba a verla, pues el vidrio quedaba a una altura que el crío aún no había alcanzado. Se mantenía de puntillas, con la nariz apoyada sobre el cristal, donde cada una de sus exhalaciones dejaba un cerco de vaho sobre el que después pegaba la boca.

—¿Quién es? —quiso saber el pequeño.

—Si está al otro lado es porque acaba de llegar —respondió Kat—, y si acaba de llegar, no tenemos ni idea de quién es.

Mientras los labios de Kat respondían a Thunder, sus ojos escrutaban a Daros, cuya corpulenta figura se colocó junto a Mía, propiciando que esta se apartase.

Los otros dos muchachos que completaban el aforo del Ático en ese momento se despanzurraron en los sillones que había algo más atrás. Jack no era muy alto, de cabello rizado y delgado. Extremadamente delgado. Estaba enfermo, como muchos otros muchachos en la Arkana, pero su aspecto empeoraba por momentos y cada noche, Mía no podía evitar preguntarse si continuaría vivo por la mañana. Un extraño alivio la invadía al comprobar que sí. No era un tipo que le cayera bien ni con el que hubiera cruzado más de dos palabras —y no precisamente

agradables—, pero aquellos pensamientos la inquietaban y potenciaban un insomnio que se había convertido en su más leal compañero desde que estallase la guerra.

El otro chico, Ribo, era algo más alto, de cabello rubio y más corpulento que Jack. Ni siquiera se atrevía a alzar la mirada del suelo, pero al parecer, su aspecto calmado era solo una fachada que no le había impedido emprenderla a golpes con cualquiera que le hubiera mirado de una forma inapropiada. Si Mía solo había cruzado un par de palabras con Jack, con Ribo no había sido ni media, pues el muchacho llevaba años sin hablar, según tenía entendido y de hecho, ella no lo había visto jamás hacerlo con nadie.

—Me encantan las visitas... —murmuró Daros.

Sacó la lengua y lamió el cristal con lascivia.

—Eres gilipollas —le espetó Kat.

—Déjala en paz —intervino Mía—. Acaba de llegar y está asustada.

—Ya le quitaré yo el susto, no te preocupes.

Jack rio ante el comentario del muchacho, que lo miró, complacido, mientras este se hundía más en el sillón y cerraba los ojos. Ribo se sorbió la nariz y se revolvió ligeramente antes de clavar la vista en el suelo.

—Escucha, imbécil, no le vas a poner una mano encima, ¿me oyes?

Daros le sonrió a Kat.

—¿El comando de las súper nenas busca suplente para la suicida?

Kat apretó los dientes y Mía reconoció al instante su expresión. Se interpuso rápidamente entre los dos y avanzó un paso, obligando a su amiga a recularlo. Giró la cabeza y le dedicó a Cora una última mirada, al tiempo que alzaba la mano, despidiéndose de ella. La muchacha ya no le respondió.

—Vamos —la apremió Mía.

—Debería haberle roto la cara a ese malnacido —masculló Kat, furiosa.

Habían abandonado la sala principal y caminaban hacia los habitáculos de descanso individual.

—¿Para qué? —preguntó Mía—. ¿Para acabar sancionada de nuevo? Es lo que ese idiota busca y me sorprende que con lo fría que eres para mil

cosas, caigas de bruces en sus estúpidas provocaciones.

—No tengo por qué evitarlas si me dan la excusa para romperle la cara.

La compuerta del habitáculo se abrió cuando Kat deslizó su dedo sobre el escáner y la joven le propinó un fortísima patada a su cápsula de descanso en cuanto estuvo dentro.

—Kat...

—Lárgate.

—Oye, escúchame.

—No me apetece escucharte, Mía.

—¿Por qué cojones estás enfadada conmigo? Solo trato de evitar que te metas en líos.

—¡Dios, vamos! Hace un momento me apremiabas a ser miss empalagosa con la nueva y ahora haces que me aparte mientras el hijo de puta de Daros se la come con los ojos y le insinúa de todo. ¿Quién demonios te entiende?

—Si te sancionan y te llevan a la zona de Castigo, ¿cómo la ayudarás?

—Con Daros muerto ya no necesitaría mi ayuda. Lo daría por bien empleado, créeme.

Mía guardó silencio mientras la miraba. No era fácil leer en el rostro de Kat, un bloque de hielo y roca. Preguntarse si hablaba en serio la sumió en una certeza asfixiante. Era la persona en quien más confiaba dentro de la Arkana. A decir verdad, era la única en la que confiaba, pero no eran pocas las veces en las que tenía la sensación de no conocerla en absoluto, de no conocer sus límites y aquello de lo que sería capaz.

—Tanja se suicidó por su culpa —volvió a decir Kat—. Sabes bien que un día lo mataré. Y sabes también que ese día juramos protegernos entre nosotras, no permitir que nos hicieran más daño.

—Lo sé, pero...

—Pero supongo que es más fácil ignorar las promesas cuando una vive refugiada en un oportuno trauma, ¿no?

Mía frunció el ceño, desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Te pasas los días con la mirada perdida en la nada, ajena a lo que pasa al otro lado de las compuertas de tu habitáculo, grabando idioteces en tu diario. Pero yo no puedo desentenderme de lo que le prometí a Tanja.

Mía sintió que el corazón se le aceleraba. Le ocurría siempre que la indignación trataba, inútilmente, de ascender a través de su garganta para lanzarle un grito recriminatorio a Kat o a cualquiera que se lo hubiera ganado. Pero los gritos se habían apagado hacia mucho tiempo y el orgullo herido moría, desplomándose a sus pies.

—Perdóname por no ser capaz de superar todo lo que... —masculló con voz temblorosa.

—No vengas a contarme eso otra vez —la interrumpió Kat—. Todos hemos vivido la guerra, todos hemos sufrido y perdido a los nuestros. Tu hermano no era diferente a mis padres o a los de Thunder, Tanja o los familiares de cualquier otro. Pero seguimos aquí, luchando. Tú puedes esconder la cabeza en tu maldito agujero, Mía. Yo seguiré aquí fuera, cuidando de ti.

Los sollozos tampoco le salían. En vez de liberarla con el llanto, se le aferraban a la garganta, cerrándole el paso del aire y ahogándola.

Dio media vuelta y sus pasos precipitados se perdieron al otro lado de la compuerta de su habitáculo.

Por la noche, el zumbido de los generadores se amortiguaba hasta acabar convertido en un brusco ronroneo. Cora casi lo agradecía, pues la ausencia de ruido la crispaba. Aquel sonido no se escuchaba de un modo tan claro en los niveles inferiores, pero el silencio nunca era total en la Arkana.

Se había hecho un ovillo en una de las cápsulas de descanso y había tratado de mantenerse ajena a los continuos gestos obscenos de los dos muchachos que se acercaban frecuentemente al cristal. No quería ni pensar en lo que podría pasar una vez que la integrasen en el módulo

común con ellos y los demás.

Cerraba los ojos y pensaba en Vicksor. Estaba segura de que todo aquello era la consecuencia de lo que había sucedido, aunque realmente, no hubiera sucedido nada.

Leo había tenido razón. Leo siempre tenía razón. Y ella solía escucharlo con menos frecuencia de la que debiera, no porque no tuviese en consideración todos y cada uno de sus sabios consejos, sino porque la mayoría de las veces, prefería obviarlos.

«Sé sensata y aléjate de Schulz». Ese era el más recurrente de todos, el que siempre repetía, la voz convertida en eco después de cada ensoñación o fantasía que Cora le narraba a su mejor amigo. Y al que menos caso quería hacerle.

Cómo lo echaba de menos. Apenas había pasado unas horas separada de él, pero añoraba su abrazo y las palabras con las que Leo sabría tranquilizarla en aquella angustiosa y horrible situación.

Suspiró y dio media vuelta en su cápsula, tratando de aferrarse a un pensamiento salvador.

Leo se daría cuenta de su ausencia, si es que no lo había hecho ya. Vería que la habían trasladado y al no dar con ella en ninguna parte, se lo contaría a Vicksor. Él no podía estar de acuerdo en aquella decisión, por mucho que la hubiera tomado su mujer: Iria Schulz. La reprendería cuando se enterase. La pareja volvería a sumirse en una de sus discusiones a voz en grito y finalmente, ella acabaría saliendo de allí. Solo debía ser fuerte un poco más. Solo un poco más.

Capítulo 5

4. Viejos y nuevos fantasmas

Las Unidades de Mantenimiento de la Arkana no solían prodigarse demasiado en aquel área y la rejilla del suelo llevaba rota más tiempo del que Mía era capaz de recordar. Caminar sobre ella sin hacer ruido era prácticamente imposible, pues el golpeo metálico se convertía en delator de la más sigilosa presencia. Máxime de las menos cuidadosas, y en aquel momento, Mía no lo estaba siendo en absoluto. No quería serlo. Quería hacerse notar y atraer a alguien, pero...

Apoyó la espalda en la pared y resopló. Por más que el indicador rojo señalase lo contrario, Kat no estaba allí. De ser así, le habría faltado tiempo para comprobar quién se movía ahí fuera, pues por más profundo que fuera su sueño, por más grande que fuese su concentración, siempre estaba pendiente de todo, y aunque esa debía ser la mejor forma de vivir en un lugar como aquel, Mía solía pensar que también había de ser agotador.

Giró la cabeza y observó con atención el indicador rojo que Kat había aprendido a manipular. A decir verdad, aquello no tenía mayor importancia. La teoría era que el piloto debía indicar si había alguien o no en el interior del habitáculo en base a los sensores de movimiento y calor, pues uno de los escasos derechos de los individuos ubicados en el Ático era la privacidad. No había visores en el interior de las zonas de descanso individuales, pero todos y cada uno de sus ocupantes llevaban insertado un chip de localización, por lo cual realmente, lo demás no importaba. Uno podía manipularlo todo salvo la ubicación de sí mismo.

Kat y Mía llevaban dos días sin hablar y aquella situación no era nueva. Desde su llegada al Ático, y especialmente desde la muerte de Tanja, la una se había convertido en el gran apoyo de la otra; y aquello era algo recíproco. A pesar de su carácter duro, Kat necesitaba a Mía tanto como sabía que la joven la necesitaba a ella, pero al mismo tiempo, el choque entre sus caracteres ocasionaba permanentes disputas y confrontaciones que las mantenían durante días sin dirigirse la palabra. Y Mía había tenido que ceder mil veces ante el orgullo inquebrantable de Kat.

En ocasiones, sin embargo, necesitaba que fuese al revés, que Katerina le demostrase también un poco de esa necesidad. La muñeca de porcelana. Aquella vez, además, había sido Kat quien había rebasado los límites, acusándola de vivir refugiada en un trauma que, de ningún modo, Mía había elegido. Era cierto que todos habían vivido la guerra, igual que ella misma, pero no todo el mundo era igual, pensaba, ni poseía la misma

capacidad o fortaleza, ni vivía las cosas del mismo modo.

Durante su corta estancia en los niveles inferiores de la Arkana, además del tratamiento para su propia y desconocida enfermedad, también había recibido atención psicológica, pero esto último quedó relegado con su traslado al Ático, pues allí era un lujo inmerecido a tenor del mal comportamiento que la había llevado hasta ese lugar.

Retomó el paso al ser consciente de que se había quedado mirando a la nada, tal y como la propia Kat le había espetado.

Los últimos acontecimientos, sin embargo, no la ayudaban a sumar tranquilidad a su penosa situación. Durante todas las noches, Mía se iba a dormir con la duda de si Jack despertaría a la mañana siguiente. Y aquella mañana no se había despertado. Después de que Daros diese el aviso, se habían llevado su cuerpo cubierto por una sábana, y, según había podido saber, en las próximas horas los someterían a todos a un examen científico para determinar si algo pudo ocasionar la muerte del muchacho y si ese algo, de existir, pudiera afectar a otro de los miembros allí residentes.

Jack estaba enfermo y de ello daban buenas muestras sus continuos mareos, propiciando que, de pronto y sin previo aviso, pudiera desplomarse en cualquier sitio, pero aparentemente, la enfermedad estaba controlada y los últimos exámenes no habían vertido datos alarmantes.

Jack era otro idiota, igual que Daros, pero abrir las puertas a la muerte a escasos metros de ella, en aquel mismo habitáculo, la sobrecogía. No poder hablar de ello con nadie más. Sobraba decir que ni Ribo ni Daros eran opciones; tampoco Thunder, que apenas era un crío de diez años y, en esta ocasión, tampoco Kat.

Mía llegó hasta la sala principal y comprobó que su amiga estaba allí con el chiquillo. De forma involuntaria y sin planearlo, se habían ido turnando para acompañar a Cora, la chica nueva, aunque fuese desde el otro lado del vidrio y sin poder hablar con ella. Y como en aquel momento, la joven no estaba sola, Mía dio media vuelta y desapareció pasillo a través, de regreso a su habitáculo, donde la esperaba el único al que podía hablarle: su hologrador.

Kat masticaba con indolencia mientras Thunder la miraba. Estaban sentados en el suelo; ella, con la espalda pegada a la pared y el crío, en frente, como si tratase de asimilar la compleja técnica del mascado.

—Se ha ido —murmuró—. ¿Cuánto tiempo más vais a seguir peleadas?

—Eso no es asunto tuyo. Debió dejar que le rompiera la cara a Daros.

—Tendrás mil ocasiones para hacerlo —respondió el chiquillo. Se echó hacia atrás, apoyado en sus manos y cruzó los pies, estirándolos y moviéndolos de esa forma que enervaba a Kat—. Mía solo intenta que no te metas en líos. Siempre has dicho que es tu lado sensato.

—Hay días en los que no quiero sensatez y ella lo sabe.

—La sensatez está para estar cuando no estás siendo sensato, ¿no?

—Mira, Thunder, voy a decirte dos cosas: la primera es que no tienes ni puta idea de expresarte. La segunda es que odio tu jodida capacidad para decir verdades como puños aunque estén expresadas como el culo. Y ahora, cierra el pico.

Thunder alzó una ceja, mientras Kat seguía deleitándose en las albóndigas precocinadas que les habían servido para cenar aquella noche

—¿Eso ha sido un elogio o un palo?

Kat sonrió.

—Tú mismo.

El niño gateó y se sentó a su lado. Estarse quieto le costaba horrores y Katerina había aprendido a abstraerse de sus continuos movimientos por más que le costase.

—¿La chica nueva también se hará el tatuaje? —preguntó—. Daros no ha dejado de hacerle cochinas a través del cristal. Jack también lo hacía, pero él ya no está y... bueno, tendrá que ser otra de esas chicas fuertes de las que siempre hablas, ¿no?

Kat masticó la respuesta antes de dársela al chiquillo, pues los argumentos se desafiaban unos a otros en su mente. Las mujeres ya eran fuertes, estaba en su naturaleza. Pero no tenían por qué serlo, máxime cuando esa fortaleza debía venir exigida por situaciones que continuamente las ponían a prueba. Sin embargo....

—Sí, tendrá que serlo —se lamentó—. Y nosotras la ayudaremos.

—Chicas protegen chicas... —murmuró Thunder, como si recitase una lección—. ¿Yo no puedo hacer nada, entonces? Es decir, siempre dices que las chicas no necesitan que los chicos las protejan, ¿no?

Kat suspiró y colocó la bandeja de aluminio sobre su regazo.

—No está mal que un chico defienda a una chica, Thunder, o que la proteja. El asunto es... que no siempre lo necesitamos. Y a veces son los chicos los que lo necesitan y... Bueno, que no es una cuestión de géneros y ni siquiera lo es de fortaleza, sino...

—Bueno, es que... técnicamente yo soy una chica, ¿no? y... entonces debería protegerla también, pero...

Kat observó cómo Thunder se retorció los dedos mientras hablaba con la mirada gacha.

—No eres una chica. Eres un chico. Un chico muy ruidoso. Por eso eres Thunder. Trueno.

—Ya sabes lo que quiero decir... Yo no nací siendo un chico y aunque sienta que es lo que soy, realmente no...

—Si es lo que sientes es lo que eres. Punto. La naturaleza también se equivoca. Mira si no, nunca debió haber extinguido a los dinosaurios y tender vía libre a la humanidad. Somos un asco.

Thunder rio con timidez.

—Siempre dices esas cosas tan drásticas...

—Bueno, es así. A veces nos mete en cuerpos que no... no son el nuestro.

El niño la miró y pestañeó hasta que sus enormes ojos negros se encontraron con los de Kat.

—¿Tú también? ¿A ti también te pasa?

Kat hizo un gesto con la cabeza, apartándose el mechón de pelo que le tapaba el ojo.

—A veces me gustaría tener un cuerpo más fuerte o... ser más alta o... yo qué sé, mil cosas que no tengo.

—No es lo mismo.

—No sé si es lo mismo o no, Thunder. Pero uno debe sentirse orgulloso de lo que es por dentro y luchar, en la medida que lo desee o lo necesite, para proyectarlo por fuera. Porque los demás solo ven lo evidente y no siempre lo importante.

—Ya... Bueno, ¿Vas a quedarte aquí toda la noche?

El niño se puso en pie y se sacudió los pantalones.

—Sí, hasta que vuelvan a traer al imbécil de Daros. Se lo han llevado hace un rato para la inspección.

Thunder se volvió y miró a Cora, que se mantenía agazapada en su cápsula.

—Daros no puede acceder hasta el Módulo de Aislamiento —observó—. No puede hacerle nada.

—Su sola presencia la amedrenta y no es para menos. Yo no puedo estar aquí todo el tiempo, pero ahora sí.

—Cuando no estás tú, casi siempre está Mía.

—Lo sé. Thunder, no me discutas más y vete a dormir. Es tarde.

—A sus órdenes...

Kat le sonrió y se puso en pie, revolviéndole el pelo que el pequeño recogía en una coleta de un castaño claro. Cuando su pequeña figura se hubo marchado a través del oscuro corredor que conducía a los habitáculos, Kat tiró la bandeja de aluminio en la escotilla que arrastraba la basura hasta los contenedores generales y se sacudió las manos.

Giró la cabeza cuando el crujido de la puerta le indicó que esta iba a abrirse y, pocos segundos después, se encontró con el rostro contraído de Daros. Era difícil verlo desprovisto de una expresión que no fuese la de autosuficiencia o la de enfado. No debía de haberlo pasado muy bien durante el chequeo, de modo que la que se trazaba en su rostro en ese momento era la de enojo.

Se mantuvo apoyado sobre la puerta de acceso a las zonas comunes, cuyo mecanismo se demoraba siempre cinco minutos en abrirse por cuestiones de seguridad. Volvió la cabeza y sonrió al encontrarse con la mirada aterrada de Cora.

—Eh —lo llamó Kat—. No te va a servir de nada seguir intimidándola. Si intentas algo, mi respuesta no se quedará en otro intento. Esta vez, no.

—¿Me estás amenazando?

—Sí.

—Estás muy tensa, Katerina. Siempre te lo he dicho, pero para tu desgracia a ti no te tocaría ni...

Un repentino chasquido dejó la sala a oscuras.

—Mierda... —murmuró Kat.

En las últimas semanas, aquello no había dejado de suceder: un colapso de energía que mantenía el acceso al Ático cerrado, pero no así las demás compuertas, tales como los habitáculos de descanso individual... o el Área de Aislamiento.

—Va a estar divertido —masculló Daros.

Empujó la puerta acristalada sin el menor esfuerzo y caminó hasta la cápsula de Cora, que se había puesto de pie y había pegado su espalda a la pared, como si buscara atravesarla.

Kat los siguió al otro lado del cristal de la serpiente. Dio un manotazo, furiosa, y sintió que el estómago se le arrugaba como papel.

—Daros, te lo advierto, malnacido, déjala en paz.

—A ella no la oigo decir nada ni quejarse y es quien debería, ¿no te parece, Katerina?

—Por favor... —murmuraba Cora, totalmente bloqueada. Temblaba y había empezado a llorar.

—¡Daros! —gritó Kat.

El interpelado sujetó a Cora del brazo y la empujó sobre la cápsula, deshaciéndose de la bata con la que había regresado del chequeo y quedándose solo en ropa interior.

—¡Daros, déjala!

La sujetó de las piernas y la arrastró hacia abajo, mientras Cora gritaba y lanzaba manotazos al aire.

Kat sintió una ira nueva y poderosa ascendiéndole a través del cuerpo; una fuerza que ridiculizaba cualquier furioso arrebató que hubiera podido sufrir hasta entonces. Agarró en peso uno de los sillones que había en la sala y lo estampó contra el cristal de la serpiente, haciéndolo saltar en añicos. Daros caminó hacia ella como una embestida y trató de golpearla sin llegar a conseguirlo. Kat era rápida, ágil y enormemente escurridiza. A esas alturas él lo sabía bien. Se escabulló hacia el lateral y lanzó el brazo para que Daros lo detuviera con el suyo propio, sujetándola para hacerla caer al suelo. El muchacho se colocó a horcajadas sobre ella y la golpeó, la agarró del pelo y gritó, dolorido, cuando ella logró defenderse con un pedazo de cristal que también le había cortado en la mano.

—¡Zorra! —bramó, iracundo.

Kat alcanzó a ver a Cora detrás del muchacho, cargando con el otro sillón y dejándolo caer sobre él, que se vio sorprendido. Volvió a gritar y se puso en pie, dedicándole a la joven una mirada cargada de odio, pero Daros no llegó a dar un solo paso más cuando percibió la afilada punta de otro vidrio atravesándole la piel desde la espalda. Se volvió, despacio e incrédulo. Un fino hilillo de sangre le brotó de entre los labios y las fuerzas aún le dieron para abalanzarse sobre Kat en un último arrebató. La arrastró hasta la pared, donde la muchacha se golpeó en la cabeza y después, el cuerpo de ambos cayó al suelo, Daros sobre ella.

Todo había sucedido en apenas unos pocos segundos, pero a Cora se le habían hecho eternos. Ni siquiera ahora que ya había terminado era capaz de relajarse. Seguía temblando e inmóvil, rígida como un palo y con unas silenciosas lágrimas arañándole las mejillas encendidas.

Mía y Thunder llegaron corriendo en medio de la penumbra que el apagón había dejado. Solo los puntos de iluminado de emergencia se mantenían prendidos, dotando a la sala de un tenue resplandor.

—¿Qué ha pasado? —exclamó el niño, sorprendido.

—Dios mío...

Mía se plantó junto a Kat y Daros en apenas dos zancadas, pisando cristales y oyendo cómo estos reventaban bajo sus botas. Trató de apartar el cuerpo del muchacho, que aplastaba el de su amiga, pero apenas había logrado moverlo un poco.

—¡Ayúdame, por favor! —le pidió a Cora.

Thunder la miró y la vio aún bloqueada, blanca como el papel y a punto de desmayarse, de modo que fue él quien acudió a la llamada de Mía.

—Tú no —gritó esta.

—¿Y por qué yo no?

Mía arrastraba el cuerpo con una mezcla de esfuerzo y asco. Odiaba la cercanía de Daros, quien le había dado sus peores ratos en los tres años que llevaba en el Ático, y aunque lo suponía muerto, sostenerlo no le había despertado la misma sensación de angustia y desasosiego que cualquier otro muchacho que hubiera podido morir en su cápsula, como consecuencia de cualquiera de las enfermedades que padecían.

Cora logró reaccionar al fin y ayudó a Mía y Thunder a arrastrar el pesado cuerpo de Daros, cuyo tacto también lograba provocarle escalofríos, a pesar de que todo había acabado finalmente en un susto. Tardaría mucho más en arrancarse la sensación del peso de su cuerpo sobre ella, estaba segura.

—¿Cómo está? —preguntó Thunder, en alusión a Kat.

Mía le había apartado el pelo de la cara y comprobó que la joven respiraba.

—Está bien, creo...

—Se va a meter en un buen lío —observó Thunder—. Daros está muerto. Aunque... podrían no enterarse, ¿no? Él ya ha pasado la inspección y aquí casi no vienen si no...

—¡No digas tonterías! —bramó Mía, nerviosa—. ¿Cómo quieres que convivamos con el cadáver de este imbécil aquí? Además, claro que se enterarían y sería peor...

—¿Y entonces? ¿Vamos a contarlo? Kat tiene mil apercebimientos. La sancionarán.

Mía se llevó la mano a la frente y suspiró de forma profunda. Cuando Thunder se ponía nervioso hablaba sin parar y aquello la sacaba de sus casillas, pero en aquel momento, mantener la calma y pensar con frialdad se antojaba algo primordial.

—Vale, esto es lo que haremos... —Alzó la mirada y se encontró con la silenciosa figura de Ribo, observándolos desde el umbral del pasillo. Nada en su expresión delataba su sentir ni tampoco sus intenciones, pero habría de confiar en su sempiterno silencio—. Llevaos a Kat a su habitáculo.

Thunder miró a Cora, que seguía siendo la viva imagen del terror. Las lágrimas aún le surcaban su piel de ébano y los rizos negros le caían

frente a los ojos oscuros.

—¿Y? —preguntó el niño—. ¿Ese es tu magistral plan?

—Tú hazme caso. Llévala a su habitáculo.

Mía le echó la mano sobre el hombro a Cora, con cuidado.

—¿Podrás ayudarlo?

La muchacha trataba de no mirar el cuerpo ensangrentado de Daros y el rostro golpeado de Kat. Todo aquello era demasiado para ella. Definitivamente, despertar en el habitáculo de Schulz había sido un dulce sueño que había terminado convertido en pesadilla.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Thunder.

Ella se tomó unos segundos para responder.

—Me llamo Coraline... Cora.

—Yo soy Mía y él es Thunder. Por favor, tienes que ayudarnos.

Asintió, finalmente y se puso en pie, sujetando a Daros por las axilas para liberar las piernas de Kat, que aún seguían bajo su cuerpo. Pesaba más de lo que aparentaba y ya aparentaba mucho.

—Vamos, chicos —los apremió Mía—. Después de cada apagón han venido siempre a comprobar que todo está bien. Deben de estar al caer. Rápido.

—Eso es muy fácil de decir... —masculló Thunder con esfuerzo.

Ribo se acercó hasta allí y apartó a Cora con sutileza para agarrar a Daros y cargar con mayor facilidad su cuerpo, que dejó caer a los pies de Kat. Después de todo parecía no lamentarlo demasiado y no era de extrañar. Daros tampoco se lo había hecho pasar particularmente bien a Ribo. Ni a nadie.

Después, este tomó a Kat entre sus brazos y ante la estupefacción de todos, volvió a adentrarse pasillo a través.

—¿Y eso? —preguntó Thunder, absorto.

—Ve a comprobar que está bien —le ordenó Mía—. Y tú... métete en cualquier habitáculo —añadió, dirigiéndose a Cora—. Y trata de tranquilizarte. No quiero que contéis nada de lo sucedido, ¿me oís?

—¿Qué vas a contarles tú? —quiso saber Thunder.

—Largaos —gritó Mía, furiosa.

Thunder frunció el ceño, molesto. Odiaba que lo trataran como a un niño, aunque a efectos prácticos lo fuera. Solo tenía diez años, pero había vivido cosas terribles; había afrontado una guerra y, al igual que muchos otros niños, había terminado en la Arkana. Protagonista de más conflictos de los que él mismo hubiera deseado, Thunder se había convertido en el primer niño en pisar el Ático. Y allí, tampoco se había defendido mal. Pero a diferencia de Kat, Mía siempre lo había tratado como si solo fuera un niño asustado e indefenso al que había que proteger.

Dio media vuelta y desapareció tras los pasos de Ribo, precediendo a los de Cora, que los siguió en silencio y aterrada aún.

Mía recogió un vidrio del suelo y resopló antes de provocarse un sangrante corte en el brazo y otro en la pierna y un tercero en la mejilla. Dejó caer el cristal en el momento en el que el zumbido de la puerta advirtió de la llegada de alguien. El soldado se detuvo bajo el umbral, con los ojos como platos y el instintivo gesto en sus brazos, apuntando a Mía con su arma de descarga.

—No se te ocurra moverte —le ordenó.

Se mantuvo clavada en su sitio, sin la menor intención de causar problemas cuando el soldado se agachó junto a Daros para comprobar que el joven no respiraba.

—Dios... —farfulló.

Un segundo soldado se asomó desde el pasillo y en apenas unos pocos segundos había dibujado en su rostro la misma expresión de horror que el primero.

—¿Qué has hecho? —le preguntó a Mía.

—Lo he matado.

No era ajena al modo en el que Victoria la miraba mientras curaba la herida de su brazo. Estaba sentada en la fría camilla de Enfermería y casi le había extrañado lo fuera de lugar que se sentía al otro lado de la

compuerta del Ático. Caminar a través de los interminables pasillos de la Arkana, cruzarse con personas a las que no conocía y soportar el peso de sus miradas sobre ella misma, se había convertido en una sensación desagradable que le pedía volver tras la dudosa protección de aquel destierro forzado.

Los soldados que habían llegado hasta el Ático no se habían molestado lo más mínimo en hacer discreta su situación y había recorrido los ciento treinta y dos pasos que la habían llevado hasta Enfermería, maniatada.

Mía alzó los ojos y se encontró con la esquiva mirada de Victoria. Solo la había visto dos veces antes de aquella otra.

Victoria Meyer pertenecía al equipo de trabajo de Vicksor Schulz y este se había hecho cargo de la gestión de la Arkana 21 hacía prácticamente un año, tras ser reemplazado el equipo del capitán Gómez, que, según sabía, había sido destinado a otro emplazamiento. Eso, sin embargo, le restaba peso a lo que fuese que ella misma sentía: ¿era culpa? ¿vergüenza? ¿miedo ante las posibles consecuencias? No era culpable de la muerte de Daros, aunque lo hubiera asumido y estuviese dispuesta a mantenerlo hasta el final para salvar a Kat. Pero para aquella mujer, ella era alguien capaz de matar, y por supuesto, no podía obviar que aquello acarrearía algún tipo de castigo o sanción. Uno muy gordo. Sin embargo, Victoria era un completa desconocida y los prejuicios que pudiera estar construyendo en su mente sobre ella misma no le pesaban de igual modo que si hubiera sido Robert, el anterior oficial al cargo de la Enfermería, el que la hubiera mirado —o dejado de mirar, mejor dicho— de ese modo.

Con Robert sí había llegado forjar una relación cordial y de confianza; probablemente porque durante parte de ese tiempo, ella no había estado destinada aún en el Ático y las visitas a Enfermería se prodigaban más.

La energía aún no había sido restablecida y allí, los suministros mínimos impedían que la oscuridad fuera total. Mía paseaba sus ojos a través de los distintos puntitos luminosos que parpadeaban en uno y otro lado, en una y otra máquina, algunos de ellos generando unos pitidos repetitivos y monocordes en el silencio de aquel lugar. En su mente no había dejado de canturrearlos para tratar de abstraerse de todo.

—Esto ya está —concluyó Victoria, mientras desechaba el material que había utilizado en la cura—. La herida te ha hecho perder bastante sangre y además, como sujeto en Probatoria, has de pasar la inspección, de modo que esta noche la pasarás en Enfermería.

Mía observaba todos y cada uno de los movimientos nerviosos que Victoria llevaba a cabo, de nuevo sin mirarla. Iba y venía, se acercaba y

se alejaba; sobre todo se alejaba, evitando a toda costa su cercanía.

Su primer y único contacto visual se produjo cuando la mujer estuvo ya bajo el umbral del acceso de salida.

—Mañana el capitán Schulz hablará contigo y tomará las decisiones pertinentes. Te sugiero que descanses y no intentes nada que pueda empeorar tu situación.

Se marchó, sin esperar respuesta, y el acceso de la compuerta bloqueándose dejó a Mía sumida en aquel mutismo enervante flanqueado de oscuridad, de pitidos y luces. Se mantuvo sentada sobre la camilla, recorriendo cada rincón del lugar y no tardó en encontrar lo positivo de todo aquello: al menos, en la Enfermería podría pensar en algo sin el incesante parloteo de Thunder bombardeándola a preguntas y cuestiones para las que, tarde o temprano, se quedaría sin respuesta. Porque aquello no había sido un plan urdido, sino improvisado; porque lo único que le había importado en ese momento había sido salvar a Katerina de una sanción segura. Y ahora debería preocuparse de cómo salvarse a sí misma.

Dio un respingo, sobresaltada, cuando un chasquido provocó otro ruido que a Mía le pareció algo así como una cascada quedándose sin agua, muriendo. Las lucecitas que hacía un momento se habían estado encendiendo y apagando, habían desaparecido y entonces escuchó un pitido continuado que acabaría volviéndola loca si se prolongaba durante toda la noche. Supuso que eso no ocurriría y que Victoria regresaría en cuanto fuese consciente de ello.

Se tendió sobre la camilla y se sintió terriblemente incómoda. No necesitó más de diez segundos para tener claro que no podría pegar ojo allí. A decir verdad, nunca lograba hacerlo, ni siquiera en su cómoda cápsula en el Ático; mucho menos allí, y mucho menos, tras los últimos acontecimientos.

Sonrió para sus adentros al percatarse de que casi pensaba en el Ático como en un hogar que anhelaba, y no es que lo hubiera pasado bien precisamente allí encerrada. Pero las paredes de aquel sitio formaban parte del peculiar escudo que la guerra le había obligado a construirse para afrontar los mil miedos que habían aflorado en ella. La oscuridad, el silencio total, los espacios abiertos, la soledad... Eran muchos de sus nuevos fantasmas y, de algún modo, a casi todos podía combatirlos en el Ático, un recinto relativamente pequeño y ruidoso, con los muchachos más conflictivos de la Arkana conviviendo en pocos metros entre continuas peleas. Solo la noche, con su negrura se convertía en una amenaza inmune al encierro. Ni siquiera la soledad, que muchas veces

paliaba durmiendo con Kat, ya fuese en el habitáculo de una o de la otra.

Y estaba claro que el pitido tampoco contribuiría a darle descanso allí. Resopló y se irguió de nuevo, escrutando aquella sala que ya había repasado mil veces. Hizo una mueca de dolor al bajar de la camilla y se llevó la mano al brazo, donde la herida aún le escocía. Su única intención al causársela había sido la de focalizar en ella lo sucedido con Daros y que la sacasen de allí antes de que Kat despertase y le impidiera, a toda costa, asumir la autoría de lo ocurrido, pero quizás se le hubiera ido un poco la mano con aquel corte.

Estaba descalza y el suelo, helado. Además, con la intención de someterla al chequeo, le habían colocado aquella ridícula bata blanca que dejaba su espalda al descubierto y que había de ir aferrando todo el tiempo para que se mantuviera cerrada.

Cuando hubo llegado hasta la compuerta de acceso, oprimió el botón de desbloqueo que, tal y como era previsible, no sirvió para absolutamente nada. Trató de empujar la puerta con el hombro y se sintió ridícula. Pero el pitido continuaba sonando y amenazando con hacerle explotar la cabeza de un momento a otro. Se volvió y centró la mirada en el punto desde el que parecía provenir. Todos creían que había matado a un chico aquella noche. ¿Se agravarían las consecuencias por desconectar lo que quisiera que estuviera originando aquel sonido infernal?

La respuesta se instaló sola en su cabeza y emprendió un decidido paso hasta allí. Recorrió un corto pasillo en el que nunca había estado, pues sus escasas visitas a la Enfermería se limitaban a la sala principal desde la que había llegado. El pitido se hacía cada vez más intenso y agudo. Por momentos, Mía sentía que acabaría perforándole el tímpano, así que apresuró el paso y llegó hasta una sala pequeña en cuyo centro había una especie de camilla metálica con un sinfín de cableado conectado al techo y un enorme monitor apagado. El pitido provenía de allí, concretamente de otra pantalla más pequeña, situada por detrás de la camilla. Había alguien allí tendido y el corazón se le encogió, preguntándose de quién podía tratarse. ¿Acaso un alumno de la Arkana? El rostro de Daros cruzó fugazmente por su mente. No podía ser él. Estaba muerto y no tenía ningún sentido que lo hubieran conectado a máquina alguna. ¿Verdad? No pudo evitar pensar en Kat y en la cantidad de veces que esta le había expuesto su teoría sobre la experimentación de los científicos de la Arkana con los sujetos del Ático, chicos y chicas sin familia ni nadie que pudiera reclamarlos; chicos y chicas enfermos, en muchos casos y lo suficientemente problemáticos como para no invertir en su manutención o salud ni una mísera moneda.

Se sacudió los miedos y avanzó, dubitativa. La única forma de saber quién era sería acercarse y averiguarlo. Ella nunca había dado crédito a las alocadas elucubraciones de Kat que, por otra parte, no tenían sostén

alguno, salvo por la curiosa circunstancia de que algunos de los muchachos del Ático se marchaban y no regresaban nunca más. ¿Dónde acababan? ¿Tal vez, allí?

Cuando se hubo acercado, comprobó que se trataba de un chico joven. No debía de tener muchos más años que ella y sin embargo, algo en él lo hacía parecer profundamente más maduro, más curtido. Quizás fuesen las cicatrices. Tenía muchas. En la cara, en los brazos, en el pecho. ¿Acaso podía ser otro de los múltiples efectos de la guerra? Pocas armas ocasionaban un daño físico visible, pero los efectos de muchas acababan reflejándose en la piel.

Caminó despacio, rodeando la camilla, y solo entonces fue consciente de que había conseguido abstraerse del pitido que seguía sonando. Observó el cable al que estaba conectado el monitor que lo originaba y dado que su única función había de ser indicativa, lo agarró y dio un seco tirón que dejó la sala en un silencio espeso y cercano al alivio. Nunca lo hubiera experimentado así en una situación normal, pero supuso que solo le duraría el tiempo que tardase en olvidar la molesta sensación de ese sonido agudo perforándole el oído. Después se le haría asfixiante y envolvente, como siempre.

Centró de nuevo su atención en aquel joven. Tenía el cabello oscuro y ondulado, revuelto sobre su cabeza. Sus facciones relajadas eran agradables y hermosas. Se sonrojó al ser consciente de sus propios pensamientos, prendidos tras la observación de unos ojos, los suyos, que habían recorrido el cuello del muchacho, su torso, su abdomen... Una sábana blanca lo cubría a partir de la cintura y Mía se llevó las manos a los ojos, preguntándose si estaría desnudo. Negó con la cabeza y se enfadó consigo misma. Era como si sus pensamientos vagasen hacia un lado y su cordura, hacia otro. Lo único que tenía claro era que, en los dos años que había vivido fuera del Ático, nunca había visto a aquel chico, cuyo pecho estaba parcheado de electrodos que en aquel momento, con el apagón, no debían de tener ningún tipo de utilidad.

¿Era posible que estuviese enfermo y allí trataran de dar con su cura? Probablemente.

Reparó entonces en su brazo izquierdo, donde lucía un llamativo tatuaje. No era ostentoso ni acaparaba apenas espacio cerca de su bíceps; no resaltaba por su belleza ni por su extravagancia, sino todo lo contrario. Mía había visto auténticas maravillas con las nuevas y últimas técnicas de tatuado, pero era evidente que aquel trazado sobre su piel no era obra de ninguna de ellas.

«SPQR».

—Roma... —murmuró.

Y entonces, el joven se incorporó como si un latigazo interior lo hubiera sacudido. Tomó una amplia bocanada de aire y, buscando aferrarse a lo primero con lo que diese, cerró los dedos con fuerza en torno al brazo de Mía, que gritó despavorida.

Capítulo 6

5. "El romano"

Coraline no había logrado pegar ojo en toda la noche. Tampoco había esperado hacerlo.

Había ocupado uno de los habitáculos vacíos que Thunder le había enseñado y a través de la ventana que lo coronaba había visto nacer el día. Aquel bonito amanecer, sin embargo, había quedado relegado a un segundo plano, pues toda su atención había sido presa de la brecha. Estaba segura de que desde ninguna otra parte en la Arkana se divisaba con la claridad con la que se veía desde allí.

Cora sabía que todos los estudios relativos a aquella brecha espacio-temporal eran secretos, por lo que no le extrañaba que los habitáculos individuales de la Arkana y las zonas accesibles para los residentes quedasen en las ubicaciones más apartadas, lejos de su atención y disuadiendo a los muchachos y los niños de cualquier pregunta o duda que pudieran hacerse el respecto. Manteniéndolos lejos, simplemente se olvidaban de ella.

En el Ático, sin embargo, aquello no importaba. Los allí residentes estaban encerrados y no se mezclarían con la mayoría. Si la miraban, si se preguntaban qué había al otro lado, si se aventuraban, incluso, a lanzar hipótesis sobre ello, era algo que resultaba irrelevante.

Suspiró y se puso en pie. Los habitáculos en el Ático eran mucho más pequeños que en el resto de áreas y por momentos, había llegado a sentirse como un león enjaulado. No podía negar que la ausencia de aquel chico, Daros, la tranquilizaba y eso la hacía sentir culpable. ¿Qué clase de monstruo podría alegrarse de la muerte de una persona?

El pitido de una solicitud de acceso desde el otro lado de la compuerta la puso en alerta. Activó el monitor y se encontró con el rostro impaciente de Thunder al otro lado.

Cora no podía evitar preguntarse cómo un niño tan pequeño podía haber terminado en el Ático. ¿De veras podía ser tan extremo su comportamiento como para encerrarlo allí, apartado de todo y de todos en un ambiente claramente hostil?

Oprimió el botón que daba acceso a la compuerta y en un par de

segundos, el chiquillo se asomó.

—Hola —la saludó con amabilidad.

—Hola —respondió Coraline.

—¿Has descansado bien?

—No. No he podido dormir.

Thunder asintió. Probablemente le hubiera costado creer lo contrario.

—¿Puedo saber qué has hecho para acabar aquí?

Cora lo miró y se encontró con los enormes ojos azules del chiquillo, lanzándole una curiosidad indiscreta y carente de todo disimulo. Era directo, como directa era su pregunta.

—¿Y tú? —respondió ella, reacia a sincerarse con él.

—Preferiría guardármelo para mí.

—Pues... ya somos dos. Yo también preferiría guardármelo... para mí.

—Vale... Pues... hacemos un trato, entonces. —El niño extendió la mano, risueño—. Ni yo te hago preguntas ni tú me haces preguntas, ¿hecho?

Cora sonrió con timidez y correspondió al saludo de su mano.

—Trato hecho.

—¿Desayunas conmigo? —propuso Thunder—. Mía no está, Kat sigue durmiendo, y... bueno, Ribo no es, precisamente, la mejor compañía posible. No tiene buena conversación —bromeó.

Cora dudó sobre si reír o no, aunque los labios no se lo pidieron y se mantuvieron imperturbables en su rostro.

El tono del niño seguía siendo alegre, casi entusiasta, pero sus palabras la espolearon.

Asintió, mientras caminaba junto a él.

—¿Qué crees que le pasará a esa chica, Mía?

Thunder abrió la compuerta y caminó pasillo a través, mientras Cora lo seguía. Ni siquiera habían tenido tiempo de llegar hasta la sala principal,

cuando Kat llegó hasta allí, convertida en una estampida de furia

—¿Qué cojones ha pasado? —gritó.

Cora tragó saliva, asustada, y pegó la espalda a la pared metálica del corredor.

Thunder, por contra, se volvió con una tranquilidad pasmosa y suspiró hondamente, conocedor de que aquel momento llegaría más temprano que tarde. No esperaba menos de Kat.

El niño alzó la mirada y comprobó que los visores que los mantenían vigilados aún no funcionaban. La caída energética había sido reparada, prácticamente en su totalidad, pero después de todas las que habían sufrido en las últimas semanas, ya tenía claro que los visores que enviaban sus imágenes a los ordenadores centrales de la Arkana eran los últimos en conectarse de nuevo.

—Mataste a Daros —respondió con una pasmosa serenidad.

—Ya sé que maté a ese malnacido. —Kat se acercó al chiquillo, dedicándole a Cora una mirada de soslayo—. Lo que no sé es qué pasó después. ¿Dónde está Mía? Vengo de su habitáculo y no está.

—Se la han llevado a revisión.

Cora pestañeó, sorprendida ante la frialdad de Thunder que no había titubeado lo más mínimo a la hora de espetarle aquella mentira a Kat. O puede que fuese cierto, pero lo que estaba claro era que la joven había asumido la culpa de lo sucedido y que si alguien estaba llevando a cabo una revisión con ella, lo haría además de ajustar cuentas.

Kat frunció el ceño y se acercó aún más a Thunder. Cora supuso que ya lo conocía y que necesitaría leer hasta el más mínimo gesto en su rostro para saber si le estaba mintiendo o no. La muchacha lo escrutaba como si el niño fuese algún tipo de complejo enigma que había de desentrañar.

—¿Y Daros? —preguntó—. No está.

—Avisamos a los soldados —explicó Thunder—. Les dijimos que había habido una pelea y el cristal de la serpiente se rompió. Daros estaba como loco y.... se clavó algunos vidrios. Fue un desafortunado accidente.

—¿Una pelea entre quiénes? —inquirió de nuevo Kat.

—Entre Daros y Ribo —susurró el niño, sonriendo—. Mía no tardará en

volver. Seguro. Cálmate y descansa.

Retomó el camino hacia la sala principal, mientras Kat miraba a Cora, como si esperase a que ella contara toda la verdad. ¿Sería eso posible? ¿Sospecharía Kat de las explicaciones del chiquillo? Desde luego, si era así, la muchacha no ofreció mayores evidencias.

—Bienvenida —se limitó decirle a Cora, ya mucho más calmada.

Ella asintió con vehemencia. Todo el nerviosismo del que no había hecho gala Thunder habitaba en ella, pero por suerte, a Kat aquello no le llamó la atención, pues ya la había visto temblar desde el primer minuto de su llegada al Ático.

Kat giró sobre sus talones y caminó en dirección opuesta respecto del camino que había seguido Thunder, rumbo a su habitáculo, dedujo Cora.

Ella se mantuvo allí, inmóvil y vacilante. Había quedado en ir a desayunar con el niño, pero lo sucedido le parecía tan inverosímil que estaba segura de que en cualquier momento, Katt

regresaría con algún cabo suelto, con una pieza que no encajase o una evidencia que no hubiera sabido captar antes de que Thunder le había mentado. Ella no conocía de nada a Kat, pero aun así, algo le decía que no querría estar delante cuando eso sucediera.

—¿No vienes?

La vocecilla del niño la sobresaltó y se llevó las manos a la boca para ahogar un grito. Miró largamente al chiquillo y habló, asegurándose de que Kat no podía oírlos.

—Se enterará —murmuró—. No podrás alargar esta mentira eternamente.

—Lo sé. Pero al menos podré desayunar tranquilo. ¿Te apuntas o no?

Inspiraba y espiraba. Inspiraba y espiraba. Y mientras lo hacía, observaba el temblor de sus piernas, que aún no se habían recuperado del sobresalto recibido.

Mía había sido conducida al despacho de Schulz y aquella era la primera vez que estaba allí. Llevaba prácticamente cinco años en la Arkana, desde la finalización de la III, y no pudo evitar sorprenderse ante el hecho de que aún estuviera descubriendo sitios en aquel lugar, visitándolos por primera vez.

La base militar era enorme, se decía, no debía sorprenderle. Era enorme, se rebatía a sí misma, pero en cinco años ya había acepado que los sitios que no conocía eran sitios que no debía conocer y a los que, por tanto, nunca accedería. Se había equivocado, pero sin duda, lo extraordinario de su situación tenía mucho que ver en todo aquello.

Escrutó el despacho, en busca de algo que pudiera atraer su atención, relajándola, pero no había nada llamativo ni fuera de lugar. Solo la mesa frente a la que estaba sentada y una ventana algo por encima en la pared que le quedaba delante. Un rayo de sol se proyectaba a través de ella sobre la mesa, y en su dorado trazado levitaban pizpiretas motitas de polvo que no eran capaces de sacudirle el rostro de aquel muchacho de la mente. Mucho menos, su brusco despertar y el agarre de sus dedos en torno a su brazo. Lo alzó y lo observó, moviendo la mano, como si fuera capaz de ver sobre su piel las marcas de aquel contacto que se le había hecho abrasador, pero allí no había nada.

Se tensó, irguiéndose, cuando la compuerta se abrió como si fuera un telón de acero para dejar paso a la imponente figura de Vicksor Schulz. Capitán «Malasombra», lo llamaban en el Ático, aunque pocos allí lo conocían realmente. La mayoría, ni siquiera había hablado nunca con él. A decir verdad, las informaciones de las que disponían allí, se medían con cuentagotas, pero todas y cada una de ellas lo dibujaban como un hombre serio, estricto, disciplinado hasta el hastío y también, amargado.

Cuando lo tuvo frente a sí, tomando asiento en la silla ergonómica que quedaba detrás de su escritorio, Mía no pudo negar que, en aquel momento, la única certeza que podía tener de él era su atractivo físico, algo aparentemente ignorado en el Ático o, quizás, carente de importancia. Tenía el cabello claro y los ojos grises. Y aunque ella no disponía de más argumentos, pensó que los datos que manejaban sus compañeros de encierro debían de hacerle bastante justicia. Su rictus era serio. Inquietantemente serio. Pero aunque hubiera sido el hombre más risueño del planeta, tampoco estaba allí para organizar, precisamente, una fiesta.

Se llevó los dedos al puente de la nariz y cerró los ojos para liberar un profundo suspiro.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Mía alzó una ceja mientras miraba el punto de luz verde levitando frente a Schulz. En cuanto deslizase el dedo sobre él, su desplegaría toda la información que requiriese sobre su expediente en la Arkana. De hecho, era improbable que no lo conociera ya, pero supuso que el hombre cumplía con algún tipo de formalidad.

—Sujeto 207/SFP —respondió ella, tratando de sonar firme y segura.

El capitán le dedicó un breve silencio.

—Me refiero a tu nombre real.

Si hacerle una pregunta de respuesta evidente la sorprendió, que ahondase en una cuestión inesperada la desconcertó todavía más. A nadie le importaba cómo se habían llamado alguna vez fuera de la Arkana, pues desde su llegada allí, pasaban a ser solo sujetos identificados con números y letras en función de la situación de cada uno de ellos:

SFD: Sujetos en Fase Diagnóstica. Todos llegaban a la Arkana con esas siglas, pues en su ingreso, los muchachos eran sometidos a unas estrictas pruebas y controles médicos que diagnosticasen el estado de cada uno de ellos. Hasta que ese proceso, que podía prolongarse durante varias semanas, concluyese, eran Sujetos en Fase Diagnóstica.

SFP: Sujetos en Fase Probatoria. Una vez elaboradas las pruebas de Diagnóstica, si se determinaba que los chicos presentaban anomalías en su funcionamiento orgánico, pasaban a este estado. Estos eran los chicos cuyas dolencias se habían identificado, se conocía en ellos qué síntomas presentaban y a qué dañaba en sus organismos, pero aún no se había logrado dar con el tratamiento que paliase sus males.

SFM: Sujetos en Fase Medicada. Cuando alguno de los tratamientos establecidos en Probatoria lograba paliar, reducir o incluso eliminar las dolencias de los muchachos, el sujeto pasaba a identificarse con esas letras, probablemente las más anheladas en la Arkana.

SFT. Las temidas. Nadie tenía demasiado claro qué significaban estas tres letras y ni una sola persona allí había despejado jamás esas dudas. Lo único claro era que los chicos y chicas que se identificaban con ellas no sufrían síntoma alguno. Pero eso no los tranquilizaba. Algunos pensaban que la «T» se correspondía con el término «Tratado». Un sujeto en Fase Tratada podría ser alguien que ya se hubiera curado. Para otros, sin embargo, la «T» indicaba un estado «Terminal». Todos los chicos que se identificaban con SFT tomaban una cápsula azul. Para algunas voces, la que evitaba contagios y cualquier posible enfermedad. Para otras, la que hacía desaparecer cualquier dolencia para convertir el trance final en algo menos duro. Lo que muchos años atrás se lograba con la sedación, aunque por fortuna eso dejó de ser así hacía mucho tiempo y en el actual

siglo XXIII, un sujeto no necesitaba dejar de vivir antes de morir.

—¿Cuál es tu auténtico nombre? —repitió Schulz.

—Mía.

—Mía, se te acusa de haber matado a un chico.

—Y lo hice.

Schulz se inclinó hacia adelante e intensificó su mirada.

—Es algo muy grave, no sé si eres consciente.

Mía, por contra, se echó atrás en la silla. Había tratado de mostrar seguridad con la llegada del capitán, pero la conversación había convertido aquella fachada en una férrea realidad, porque estaba convencida de que Daros merecía morir y si Schulz era un hombre justo, determinaría lo mismo al conocer los motivos.

—Trató de abusar de la nueva residente del Ático —respondió la joven—. Ya lo intentó tiempo atrás con otra de ellas, Tanja, la acosó sin consecuencia alguna y la arrastró al suicidio. No quería que volviera a pasar.

Vickor la miró y por un momento, Mía habría podido pensar que se trataba de un holograma. Pero estos presentaban siempre interferencias y siseos mientras mostraban la imagen y a Schulz podía verlo de una forma clara. Pero no se movía. No hablaba. No pestañeaba. Y por momentos, casi dudaba de que respirase.

—Dices que ha tratado de abusar de una chica... una nueva residente allí.

—Eso es.

—¿Y que ya lo hizo antes... sin consecuencias?

—Exacto.

Vickor se pasó la mano por la cara.

—¿Cuántos residentes hay ahora en lo que vosotros llamáis el Ático?

—Con la nueva residente y la baja de Daros, seguimos siendo cinco. Y con su permiso, señor... Ya sé que probablemente tiene usted cosas mejores en las que invertir su tiempo, pero le agradecería honestamente una visita al Ático. Nadie sube allí nunca, salvo los soldados que nos arrastran hasta Enfermería para hacernos pruebas y más pruebas; rara vez para tratar

nuestras dolencias y enfermedades. Puede... Estoy hablando demasiado.

Bajó la mirada y retorció sus dedos sobre su regazo.

—Habla.

Alzó de nuevo los ojos y lo miró. Había sido un imperativo, pero no una orden. Una petición, más bien. Y no pudo negar que le sorprendía que Schulz la escuchase.

—Puede... que no seamos los mejores aquí dentro o que nos hayamos equivocado mucho. Pero somos personas.

El capitán necesitó unos segundos para digerir las palabras de Mía. No tenían nada de especial; no revelaban nada que él no supiera. Y al mismo tiempo destilaban algo nuevo y si bien, no desconocido para Schulz, sí enterrado en algún tipo de pasado que a veces añoraba.

Era un soldado. Toda su vida la había pasado en el ejército y en los últimos años, había vivido sucesos espantosos. La guerra había matado en él una parte importante en pos de su supervivencia. Quizás no la de su cuerpo, pero sí la de una mente, que había nadado demasiado cerca de la demencia. Aquella chica solo reclamaba atención.

—Llevo un año al frente de esta Arkana —murmuró el hombre—, y me han desbordado mil cosas. Admito que he relegado muchas otras... Te prometo que conoceré de primera mano la situación en el Ático. Es evidente que no ha sido la mejor. Que no es la mejor.

Mía saboreó aquellas palabras de un modo similar al que Schulz había acogido las suyas propias. Puede que tampoco supusieran nada especial: un soldado admitiendo que había descuidado aquello que no parecía importante. Pero a ella la impactaron sobremanera. El hombre más poderoso de la Arkana la tomaba en serio, la miraba de un modo muy distinto a como lo había hecho Victoria, la encargada de Enfermería durante la noche anterior y le prometía subsanar sus fallos. Quizás se vería obligada a retirarle el apelativo de capitán «Malasombra», después de todo. Ante sus ojos, Mía no era una asesina, sino apenas una cría pidiendo ayuda.

—De todos modos —continuó diciendo Vicksor— y mientras tu situación no se aclare, debo mantenerte apartada.

No había esperado otra cosa, pero aquel anuncio le hizo apretar los puños.

—En el Ático, lo estoy.

—Me temo que también debo apartarte de los residentes de la zona XY-82. No puedes tomar la justicia por tu mano, Mía.

—Lo sé, pero... Si no la tomaba por mi mano, entonces no la hubiera habido, como no la hubo con Tanja ni con ninguna de nosotras.

—Abriré una investigación sobre lo sucedido. Pero eso no restará gravedad a lo que tú has hecho. Son dos casos distintos.

—Devuélvame al Ático, por favor, señor. Allí están mis amigas y quiero cuidar de ellas. También de Cora, parecía tan frágil...Y sé que...

La compuerta se abrió con su habitual zumbido y la espigada figura de Iria Schulz le confirió un nuevo aire a aquel lugar e incluso a la situación. Era más grave de lo previsto si incluso la presidenta de la Delegación de las Arkanas estaba allí.

Vicksor se había puesto en pie e Iria lo apartó ligeramente, colocando la mano sobre su pecho. La mujer parecía agotada. De su coleta baja escapaban algunos mechones que se rizaban cerca de su cuello y sus orejas. Unas oscuras sombras circundaban sus ojos oscuros y la mueca de desagrado era más pronunciada que nunca en sus labios sin pintar. A Iria Schulz la conocían, especialmente por las imágenes que había proyectado el holovisor antes de que este fuese censurado en el Ático. Se contaban por cientos las entrevistas que había concedido, los discursos que había pronunciado, las sonrisas que había dedicado a cualquier visor que captase su atención. Y la elegante figura de aquella hermosa mujer, poco tenía que ver con el demacrado aspecto que presentaba en aquel momento.

Se apoyó sobre la mesa y deslizó el dedo sobre el puntito verde, desplegando el expediente de Mía, como si aquello resultase un molesto trámite que quería despachar rápidamente.

—207/SFP —pronunció con voz firme—. Quizás haya que averiguar por qué los sujetos en Probatoria dais tantos problemas. Tal vez se trate de alguna especie de efecto secundario.

Mía le sostuvo la mirada, aunque por encima del hombro de la mujer, buscaba complicidad en Schulz. El hombre, sin embargo, parecía en shock, y Mía no pudo evitar preguntarse qué lo había dejado así. ¿Acaso algo de lo que ella le había dicho?

—Has matado a otro sujeto. —La voz de Iria reclamó de nuevo atención, captando de forma inmediata la de Mía—. Y metiste las manazas donde no debías, además de las narices. Desconectaste los monitores de un sujeto

de Experimentación.

—No desconecté nada —se defendió Mía, con calma—. El apagón lo desconectó. Yo solo arranqué el cable. Estaba sonando y los monitores no vertían datos.

—No tenías acceso a esa zona.

—¡Todo estaba abierto! —exclamó. Se puso en pie de manera inconsciente y su voz escupió lo que las entrañas le gritaban, pese a tratarse de una osadía—. Creí que ya no se experimentaba con humanos, que eso era parte del pasado.

—No es lo que tú crees —se justificó el capitán.

—Dios, Vicksor —intervino una furiosa Iria—. No le expliques nada. Escucha, chiquilla: te has entrometido en un asunto muy importante, un asunto de alto secreto y esto no puede quedar así. Por el momento, he dado orden para que permanezcas encerrada en el Área de Experimentación. Que matases a alguien me viene de perlas para justificar tu ausencia en esa jaula de locos, el Ático. Si te portas bien y eres diligente por una jodida vez en tu vida, estarás de vuelta con ellos en unos tres o cuatro días; una semana, como mucho. Y da gracias a las molestias que me tomo contigo porque lo fácil, rápido y económico sería eliminarte del mapa.

Iria le dedicó una mirada asesina a Mía y cerró de nuevo el expediente, desapareciendo a través de la compuerta. Vicksor la siguió y en la fugaz mirada del hombre, Mía creyó detectar una muda disculpa.

—El Área de Experimentación está clausurada —repuso Vicksor con serenidad.

La compuerta se cerró a sus espaldas e Iria se detuvo, volviéndose.

—He ordenado habilitarla. —Regresó sobre sus pasos y se colocó delante de su marido—. No puedo tenerla en otro sitio, Vicksor. Serán solo unos días hasta que logre solucionar esto.

—¿Cómo?

—En las C.G.C... —susurró—, uno puede implantar conocimiento... o eliminarlo, ¿no?

—No es legal, Iria. Una cosa es la excepción con el chico que ha cruzado la brecha, y otra es emplearlo con un sujeto de la Arkana, sin más.

—Sin más, no. Conoce una operación de alto secreto y a mí me pagan, entre otras muchas cosas, para que siga siendo secreta. A costa de lo que sea, cariño.

—Nelly se negará.

—Nelly hará lo que yo le ordene.

Sonrió, pero Iria iba a necesitar mucha más persuasión para ser el rostro perfecto de la mujer que siempre iba envuelta en una nube de medios de comunicación. Estaba tensa y nerviosa, unas sensaciones con las que le costaba un mundo lidiar. Necesitaba tenerlo todo bajo control, pautado y encauzado. Y pronto lo tendría porque así era siempre. O casi siempre.

Apenas había dado cuatro pasos cuando la voz de su marido la hizo detenerse de nuevo.

—¿Has trasladado a Coraline al Ático?

Iria forzó la enésima sonrisa del día, aunque ninguna de ellas engañaba a nadie. Mucho menos a él. Y tampoco era que ella se molestase demasiado en hacerlo.

—Lo siento, querido, pero si no me das su nombre en código arkano...

—Lo sabes perfectamente.

La mujer se acercó de nuevo y los tacones multiplicaron el eco en el amplio pasillo.

—Enredarse con un oficial aquí dentro es una actitud bastante reprobable. Y creo que sancionándola a ella como es debido, además, te hago un favor a ti. Porque estás a punto de mandar a la mierda tu carrera, Vicksor.

—¿Qué cojones pasa en el Ático?

La mujer frunció el ceño, sinceramente sorprendida por aquella pregunta. Vicksor jamás había mostrado preocupación alguna por lo que aconteciese allí arriba, algo que, por otro lado, debía saber.

—La zona XY-82 es el emplazamiento que acoge a los sujetos problemáticos. Hay que apartarlos, lo sabes perfectamente. ¿A qué viene esto?

—¿Quién controla lo que pasa allí?

—Vicksor, no entiendo adónde quieres llegar.

—Una chica ha matado a un tipo al que acusa de intentar abusar de varias residentes. Según afirma, ese mismo chico propició que una de ellas se suicidase sin que eso reportase consecuencias para el tipo en cuestión. ¿Quien cojones controla lo que pasa en el Ático?

Iria fulminó los escasos centímetros que la separaban de su esposo y adoptó su habitual aire soberbio.

—Nadie —susurró—. Por el amor de dios, esos críos solo son un estorbo aquí. Le han hecho la vida imposible a sus compañeros y han sido apartados. Si entre ellos quieren matarse, es su maldito problema. Yo, desde luego, no tengo tiempo para lidiar con eso.

—Eso... Son personas, Iria. Niños que lo han perdido todo.

—Incluida mi paciencia. Capitán, hay más de cincuenta Arkanas repartidas solo en este país y todas gestionan a sus sujetos problemáticos en emplazamientos apartados, como el Ático. A un par de años vista de un fin del mundo anunciado, ¿crees que puedo perder mi tiempo en resolver sus peleas? Pues la respuesta es no. Y sinceramente, espero que tampoco tú lo hagas.

Vicksor frunció los labios, capturando las palabras que se hubieran atropellado al salir de su boca. Eran tantos los argumentos con los que abofetearía a Iria y tan poco el efecto que esto causaría sobre ella que optó por ponerle punto y final a la conversación.

Más sobre la novela, en la web de la autora.